MAR PROFUNDO
MAY R AYAMONTE
edebé

MAR PROFUNDO
MAY R AYAMONTE
edebé

periscopio

MAR PROFUNDO

MAY R AYAMONTE

MAR PROFUNDO

edebé

© May R Ayamonte, 2021

© Ed. Cast: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebe.net

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Juvenil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look
Fotografía de cubierta: © Dmitry Landin/Shutterstock

ISBN: 978-84-683-5425-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Prólogo

Briny significa «mar profundo». A veces parece que los demás no son conscientes de hasta qué punto hay que llegar hondo para entenderla y sentirte como ella se siente. Cuando se agobia, se queda mirando a la nada y empieza a mover la cabeza de manera frenética.

Yo soy Ayla. Creo que algún día alguien llegará a leer esta historia y conseguirá, al menos al final, sentirse como nos sentimos mi hermana y yo. Mi nombre significa «luz de luna». ¿Nunca te han contado eso de que la luna atrae al mar? Pues sí, por lo visto la luna atrae el agua que está más próxima a ella y, por algún motivo galáctico, el océano que está de cara a la luna se abomba hacia ella. Vaya, que la luna controla las mareas y, si alguna vez tienes curiosidad, deberías indagarlo. Mis padres estaban de guasa cuando Briny y yo nacimos y, al ser mellizas, decidieron hacer ese juego de palabras con nuestros nombres. Claro, ellos nunca imaginaron hasta qué punto sería cierto que soy el satélite de Briny.

Ser hermana de Briny es una cuestión un tanto difícil, ella es autista y yo no. Y claro, ahora cualquiera se pondría filosófico y diría que menuda ironía que, siendo mellizas, las dos no seamos autistas. Lo que pasa es que la terapeuta de Briny nos explicó, a mí y a mis padres (no os creáis que mi hermana es la única que va a ver a la psicóloga especialista de la familia), que los gemelos, al venir del mismo óvulo, sí que tienen la misma carga genética; pero no los mellizos. Así que nada, esta es la historia de dos hermanas mellizas que no son tan mellizas como parece a simple vista.

Aunque es cierto que mi hermana es diferente a mí y a mis amigos, también lo es que tiene el corazón más enorme que he visto nunca y que, de nuevo, irónicamente, yo soy su satélite y ella es mi tierra (preferiblemente, mi mar). Nadie entiende a Briny como yo lo hago y tampoco nadie me entiende a mí como ella lo hace. ¿Quieres saber por qué?

1. De cuando una mudanza es lo peor

Las cajas de cartón son de tamaños desiguales y la mayoría están comidas por el polvo. Briny las va apilando a un lado, unas sobre otras, formando altas torres que si se vinieran abajo caerían con parte de nuestros recuerdos. Algunas tienen su nombre escrito, otras el mío y la gran mayoría «María White». Y no, nuestra madre no es extranjera como parecería a simple vista, solo que sale en cientos de revistas y tiene que sonar *cool*.

Noto cómo le sudan las manos a Briny y se le enrojecen del peso. Si mi madre no guardara tanta basura sería mucho más fácil hacer una mudanza. Sí, «mudanza» suena a horror. La terapeuta nos aconsejó que no nos mudáramos bajo ningún concepto porque eso afectaría a mi hermana más que a cualquiera de nosotros. Pero, en fin, de la otra casa nos echaron porque la vendieron y se acabó el contrato y mi madre no tenía muchas más opciones.

—¿Te gusta nuestro nuevo cuarto? —le pregunto a mi hermana mientras la ayudo a apilar el resto de las cajas.

Me mira arqueando una ceja y abre los labios repetidas veces para responderme. Finalmente dice:

—Está bien, ¿no?

Briny siempre quiere respuestas y normalmente a ella misma le cuesta darlas. Le gusta asegurarse de lo que responde.

—Sí, yo creo que si colocamos los pósteres y las fotos de nuestra antigua casa quedará mucho más parecido al que tenías antes.

—Bueno..., sí.

La conversación se acaba rápido y yo la miro sonriendo. Seguro que sí. Esta mudanza y el nuevo instituto van a ser un reto pero entre las dos lo vamos a superar. Al menos nos tenemos la una a la otra y eso es algo que no puede decir todo el mundo. Si tú tienes un hermano gemelo o mellizo, seguro que entiendes mis palabras. Y al resto..., pues os toca creer lo que os cuento.

—Ya le dije que para *Cosmopolitan* lo que quieran, se ajustan al presupuesto y tienen preparado un *shooting* interesante, Alejandro... —Guarda silencio unos segundos mientras espera a que su representante conteste y sigue hablando pero, esta vez, dejando de sonreír—: ¡No! ¡Dije que no! Ni una sola foto en ropa interior con esas condiciones. Y por supuesto que se olviden de la entrevista. Mi clienta no va a ceder.

Nuestra madre se pasea por el salón mientras Briny y yo la miramos en silencio. Tiene el teléfono en la mano y se está mordiendo las uñas. Oh, oh..., se está enfadando. Sí, ya te habrás dado cuenta de que trabaja en el mundo de los famosos. Tanto Briny como yo hemos salido a nuestro padre: barriguita en su sitio y rasgos marcados. No tenemos la melena rubia rizada de mi madre, tampoco sus ojos verdes. Nuestro pelo es castaño, liso, cae como una cortina a

cada lado de nuestra cara y nuestros ojos son oscuros.

—¡Little Fella! —grita mi hermana cuando su perro baja las escaleras corriendo.

Little Fella es un perro pequeño, como dice mi madre, el perro perfecto para Briny. Ella siempre ha tenido miedo a los animales y los perros la hacían llorar desde niña. Pero un día un perrito pequeño, con una pata destrozada por un coche, llegó a nuestra finca ladrando. Y de alguna manera mágica acabó en los brazos de mi hermana. Han pasado diez años y siguen siendo inseparables.

—¿Te apetece que salgamos a pasearlo? —le pregunto mientras acaricio el hocico del perro.

—Me gustaba más antes cuando podía salir yo sola —me responde Briny molesta.

—Ya... pero cuando conozcamos el barrio podremos salir solas de nuevo.

—Eso es mentira, tú ya has salido a comprar comida sin mamá y a mí no me deja. Es por el problema, ¿no?

Briny no quiere hablar del autismo, prefiere llamarlo «el problema», porque se siente fatal con su condición.

—Venga, vamos a pasear a Little Fella —insisto intentando cambiar de tema.

Me mira y acaba parpadeando varias veces seguidas antes de afirmar con la cabeza, dándonos vía libre para salir de paseo.

Ojalá pudieras ver la cara de Briny. Si alguna de las dos llama la atención por su belleza, sin duda, es ella. Sí, ya sé que he dicho que no nos parecemos a mi madre, y es verdad, pero nuestro padre es muy guapo y de ahí que mi madre, que no es tan guay como él, se enamorara profundamente. Pero además de guapo también es músico. De los dos, es quien más entiende el autismo y «lo otro».

—Aquí hay campo, eso es bonito, ¿no? —me dice cuando salimos de casa.

Y sí, es muy bonito. Hemos vivido en el campo desde que conservo recuerdos. Por eso era difícil mudarnos, además de por mi hermana. Imagínate vivir en la sierra de Granada, justo arriba de un pueblo donde vas a la escuela y que de un día para otro tengas que buscar un campo enorme, con una casa preparada para vivir y bien comunicada con el pueblo. Piensa que tu hermana no puede ir sola al pueblo y para facilitarle la tarea, debes vivir cerca y con un camino intuitivo y sencillo. No es fácil, eh. Pues ala.

Nuestra casa está en mitad de la finca, salimos por una puerta que da a una terraza desde la que podemos ver el huerto, la alberca —que según mi madre es una piscina pero no sé hasta qué punto voy a bañarme en esa agua verde y putrefacta— y un camino repleto de flores que da a un pequeño prado. Rodeamos la casa y llegamos a la salida de la finca.Briny lleva a Little Fella suelto y yo no le quito ojo de encima.

—¿Tienes ganas de ir al nuevo insitituto? —le pregunto animada. Mañana empezamos las clases y yo estoy supernerviosa.

—Bueeno..., hummmmm..., no.

Si algo caracteriza a mi hermana melliza es que es transparente como un vaso de agua y sincera como nadie.

—Seguro que mola, haremos nuevas amigas.

—No todo el mundo necesita amigos, ¿no es cierto? —insiste ella. No parece muy animada con la idea, pero suele pasar que Briny rechace los cambios.

—Sí, todo el mundo necesita amigos.

—Mi mejor amigo es Little Fella y mi mejor amiga eres tú. Es normal, ¿verdad?

Bajamos un camino de tierra y acabamos sobre un barranco. A nuestra derecha queda el camino que da al pueblo y por el que en diez minutos llegaremos mañana al instituto, y a la izquierda, si siguiéramos caminando, llegaríamos a un puente que cruza el barranco.

Mi hermana se sienta y observa la montaña, perdiendo su vista en la lejanía. El perro se estira sobre ella, haciendo sus ruiditos habituales.

—Claro que es normal, tú también eres mi mejor amiga.

Y no le miento, en el otro instituto tampoco hice muchos amigos. Siempre he estado cuidando de mi hermana y no había espacio para hacer amistades. A mí no me importa, no me imagino la vida sin ella.

Después guardamos silencio, yo sigo su mirada y me enfrasco en mis pensamientos también contemplando la montaña. Briny me toca el pelo y empieza a tararear una canción antes de que yo la siga y ambas acabemos cantando a grito pelado con Fella besando sus dedos y moviendo su cola.

2. De lo que ya sabes pero no quieres saber

Siete y media. La alarma suena estrepitosamente y yo me abalanzo sobre mi móvil para apagarla. Estiro las piernas y bostezo varias veces antes de incorporarme y encender la luz de nuestra habitación. Miro hacia la izquierda y localizo a mi hermana, con los ojos abiertos mirando hacia el techo. Yo me aclaro la voz varias veces seguidas hasta que ella me mira y saluda con la mano.

—Ey..., ¿has dormido bien? —Mi voz suena grave y algo rota.

—Sí.

—Pues a darle caña, que hoy toca ir a clase.

Ella se queja sin decir nada claro y entonces se incorpora imitándome. Mira hacia la mesa donde anoche dejamos nuestra ropa para vestirnos más rápido y no llegar tarde a clase. Se lamenta cuando ve que tiene que levantarse y vestirse, como estoy haciendo yo ahora mismo.

Nos acabamos de poner la ropa delante del espejo del baño. Llevo un jersey azul que me queda holgado y hace que no se me marque la barriga y unos vaqueros negros. Mi hermana, que ayer por la noche se tiñó con ayuda de mi madre de pelirroja, viste un jersey verde oscuro sobre un vestido más claro que tiene búhos dibujados. Unos leotardos marrones oscuros se pierden en sus botas de montaña.

—Buenos días —nos saluda mi madre antes de depositar en nuestras mejillas un beso—. Bueno, bueno..., ¿quién empieza hoy las clases de nuevo?

—Y a mitad del curso, no va a ser nada fácil —respondo.

Briny no dice nada, sencillamente desayuna a paso lento y ojea una revista que hay sobre la mesa. A su lado, la silla que debería ocupar mi padre está vacía y no pregunto en voz alta dónde está porque me lo imagino.

Papá y mamá alquilaron la primera finca hace muchos años, cuando Briny y yo aún ni siquiera éramos un proyecto de vida futuro, aunque volvieron después a la ciudad. Mi madre estudió gestión de empresas pero de joven estuvo muchos años trabajando de modelo y cuando acabó sus estudios decidió que era el momento de lanzarse al estrellato. Solo que eso pasó, se estrelló porque ya no tenía quince años y, con la frustración que sentía, acabó siendo representante de otras modelos. Creo que nunca lo superó.

Después está mi padre, que adoraba el campo y la naturaleza, se crio en los setenta y el movimiento jipi y, como buen jipi, se hizo músico y acabó viviendo en el campo. No sé cómo ni en qué momento ambos se enamoraron viniendo de dos mundos tan diferentes, pero lo hicieron y él acabó arrastrando a mi madre a una finca perdida en las montañas.

Ella nunca ha terminado de estar feliz con esa decisión pero, al fin y al cabo, fue la que salvó a Briny en muchos sentidos cuando nacimos y la terminó aceptando.

—Papá sigue en la cama —comenta mi madre al cabo de un rato de silencio

cuando me ve ensimismada en mis pensamientos.

Ver la puerta que da a la habitación de mi padre cerrada me pone triste, pero contengo las lágrimas. No sé cómo vamos a sobrevivir al tsunami que nos viene encima ni si Briny va a ser capaz de entenderlo cuando eso ocurra.

Terminamos, metemos el bocadillo en la mochila y nuestra madre nos acompaña a la puerta que sale de la finca. Aquí no están las estrellas que pintamos en el suelo cuando éramos niñas ni tampoco la casa del árbol que hicimos con papá. Pero al menos respiro y el olor a montaña entra por mis fosas nasales, y siento a Briny feliz a mi lado por seguir viviendo en la naturaleza.

Nos encaminamos cuesta abajo siguiendo el pequeño sendero que da al pueblo. Estamos a menos de diez minutos pero sé que, hasta que no lo hagamos al menos veinte veces, mi hermana no será capaz de bajar ni subir sola.

—Ha escrito Marcos —dice ella casi murmurando.

—¿En serio? ¡Jo, qué guay, Briny! —le contesto realmente feliz por la noticia.

Ella no continúa hablando, así que decido no invadir su espacio ni privacidad, cuando quiera hablar del tema sé que no tendrá reparo en hacerlo conmigo.

Llegamos al instituto, un edificio de cemento con ventanas pequeñas y por el que las frustraciones suben por las paredes. Conozco el pueblo, veníamos mucho de pequeñas a comer porque ponen el choto más bueno y famoso de toda Granada. Hemos llegado tarde y ya han tocado el timbre. Agarro a Briny de la mano y nos adentramos por la puerta principal.

Cuarto D. Estamos delante de la puerta, inspiro con fuerza y a continuación llamamos.

—¿Estoy bien? —me pregunta Briny nerviosa.

—Sí, estás preciosa —le contesto echándole una mirada rápida.

Entonces una mujer joven abre la puerta y nos sonríe diciendo:

—Bienvenidas, chicas. Pasad.

Noto cómo la mano de mi hermana tiembla y se aferra a la mía con muchísima fuerza. Sonríe pero sé que esa sonrisa es de nerviosismo, la conozco más que nadie en el mundo. Yo también estoy nerviosa, nuevo instituto, nueva casa y mi padre en cama. No podría ser un peor día en nuestras agendas.

—Hola —saludo entrando en el aula.

—Chicos, chicas, estas son las hermanas Romero. Son nuevas, aunque hayan llegado en el tercer trimestre vamos a darles una cálida bienvenida —dice la profesora cuando estamos justo delante de la pizarra digital.

Todos los alumnos nos aplauden y Briny empieza a hacer un ruido con los dientes que es típico en ella cuando está a punto de morir de un infarto de la vergüenza y de los nervios. Yo le aprieto la mano con más fuerza todavía.

Nos sentamos en la mesa del fondo, parece que va a ser nuestro sitio lo que queda de curso. Tenemos como veinte compañeros y todos dedican la mañana a echarnos algún vistazo. Briny no levanta la cabeza en ningún momento y pasa las horas a mi lado rellenando unas fichas que le dan los profesores en cada clase.

En el recreo, nos comemos nuestro bocadillo sentadas al sol y no nos acercamos a nadie. Hasta que un chico se sienta a mi lado y se presenta:

—Hola, me llamo Jose —dice y nos tiende su mano.

Yo se la estrecho con una sonrisa y realmente agradezco su amabilidad. Mi hermana..., bueno, ella hace una mueca con el rostro antes de negarse a darle la

mano.

—Encantada, somos Briny y Ayla.

—Sois nuevas por aquí, ¿no? —nos pregunta él con una sonrisa.

—Sí, acabamos de mudarnos justo arriba de la montaña. Nos echaron de la otra casa y hemos tenido que cambiarnos rápido —contesto sin dejar de mirar a mi hermana, que se ha puesto a darle vueltas a su bocadillo.

—Oye, pues cuando queráis os enseño el pueblo, aquí somos poquitos y nos conocemos todos.

Después de agradecerle su ofrecimiento, le indico que nos deje solas y él se da cuenta de que mi hermana está incómoda. Me escribe su teléfono en un trozo de papel y se marcha alegremente de vuelta a la zona del patio donde estaba con sus amigos.

Cuando acaban las clases volvemos a casa en silencio y parece que Briny no está muy contenta con el día que hemos tenido porque no ha pronunciado palabra. Decido no hablar yo tampoco y, cuando llegamos a casa, dejo que se encierre en nuestra habitación. No quiere comer y mi madre respeta que descanse entendiendo que necesita procesar todo lo que ha vivido nuevo.

—¿Cómo ha ido, Ayla? —me pregunta realmente preocupada—. ¿Algún niño ha sido cruel con ella?

—No, mamá, no te preocupes. Incluso hemos hecho un amigo, se llama Jose. Pero creo que Briny necesita pensar todo lo que ha pasado hoy y lo mejor que podemos hacer es dejarle espacio.

Después de comer, mi madre me pide que salgamos a la terraza de la casa y nos tomemos un café juntas. La noto realmente mal y sé, por sus ojos, que quiere hablar conmigo de algo que no me va a gustar.

Observo la explanada de tierra que tenemos delante. Parece que mi padre ya ha estado trabajándola esta mañana porque está preparada para empezar a plantar. Esa tarea siempre nos toca a Briny y a mí, mi madre odia todo lo que tiene que ver con ensuciarse de tierra las uñas y la ropa.

—Cariño, deberíamos hablar de tu padre.

Su voz suena rota cuando empieza a pronunciar la última palabra.

No quiero hablar de él, no quiero saber nada, solo quiero olvidar lo que estamos viviendo.

—Mamá, no hace falta.

Ella suspira y, tras mirar al cielo para no llorar, dice:

—Le han dado tres meses, Ayla. Se va a morir pronto.

3. De cuando Briny habló por primera vez

Por suerte el instituto no ha ido demasiado mal estos días. Briny se ha puesto nerviosa un par de veces sin darse cuenta y hemos salido de clase en repetidas ocasiones para hablar con la psicóloga del instituto. Nadie ha dicho nada todavía sobre ella delante de mí, aunque estoy acostumbrada a que los niños de nuestra edad sean crueles. Tengo la suerte de ser su melliza y tener unos padres maravillosos que me han enseñado a respetar a las personas como mi hermana y, por supuesto, a ser su satélite y ella mi mar, porque eso me ha hecho entenderla mucho mejor.

Este fin de semana parece que mi padre se encuentra mejor y pasamos los dos días trabajando la tierra con él. Briny planta como nadie, de hecho ella se ha encargado de montar el banco de semillas en una caseta de madera que ha comprado mi madre y que llegó justo ayer. Ahora mismo estamos terminando de clasificar las semillas mientras suena música *blues* de fondo. Los altavoces de mi padre son envidiables, hacen que toda la finca baile y mi madre no pueda concentrarse en su trabajo.

—Las cosechas no saldrán buenas este año —comenta mi hermana en voz alta mientras voy escribiendo las etiquetas con los nombres de las semillas y ella las va colocando en el cajón adecuado.

—¿Por qué? —No tengo ni idea de qué está pasando por su mente.

—Bueno, si no te has dado cuenta, los almendros florecieron en enero y eso es imposible porque era invierno. Y, claro..., obviamente significa que nada va a salir bien en la cosecha.

Me quedo en silencio unos segundos intentando encontrar sentido a las palabras de mi hermana, pero lo cierto es que no lo consigo y no entiendo qué me está intentando decir.

—Hum..., ¿qué tienen que ver los almendros con las cosechas?

—Ay, Ayla..., pues bueno..., que la naturaleza se ha vuelto loca. Los almendros nunca florecen en enero, ¿no? Eso significa que la naturaleza, porque ha habido más calor del que debe en invierno y ha nevado mucho menos de lo habitual, ha pensado que cuando estábamos en invierno era primavera. Y ahora piensa que es verano, todo floreció y salió antes de lo que debería, y ahora, casi todo ha muerto porque en marzo tuvimos la ola de frío y los árboles ya habían florecido y...

Mi hermana sigue hablando casi sin respirar. Cuando hace eso siempre desconecto. Le ocurre a menudo con nosotros, o no habla nada o habla demasiado dando vueltas sobre el mismo asunto pero sin centrarse. Me cuesta seguirle el ritmo, entonces la dejo hablar y hablar.

—¡Efectivamente! Ay, cariño, eres demasiado inteligente y tu hermana no es como tú —suena la voz de nuestro padre detrás de nosotras sobresaltándome.

Yo me vuelvo riéndome y le doy un leve puñetazo en el hombro. Briny sonríe

y deposita un beso en su mejilla.

—Papá, tu favorita siempre ha sido Briny, eh —contesto sonriendo.

—Cómo no va a serlo, es la que de verdad siente la tierra latir bajo sus pies. Sale a su padre —añade agarrando a Briny del brazo y acercándola con cariño a su lado.

—Es verdad, ¿papá? Eso que he dicho, ¿no?

—Sí. Lo que tu hermana quiere decir, Ayla, es que por el cambio climático estamos notando cómo la naturaleza no sabe responder y eso tiene efecto sobre la tierra. Incluso ahora hay más insectos de los que solían vivir por esta zona.

—Eso es, el climático que está cambiando —afirma mi hermana.

A veces me sorprende la conexión que tiene Briny con la naturaleza. Es por ella que estamos viviendo aquí y no en Granada como querría mi madre. Porque ella se siente bien en mitad del campo y, como dice mi padre, tiene una conexión muy fuerte con la naturaleza. Es sorprendente pero jamás está tan feliz como cuando planta las verduras con mi padre y las recoge escuchando cómo mi madre planea cocinarlas.

—Pero de todos modos en esta tierra nunca crecerá nada como en la otra finca —indico yo encogiéndome de hombros.

—Estás equivocada, cariño, aquí puede crecer todo lo que queramos, solo debemos saber en qué época plantarlo y cómo cuidarlo, ¿verdad, Briny?

Al final acabo saliendo del banco de semillas y los dejo estar de cháchara sobre lo que van a plantar y cómo. Quiero que Briny disfrute de papá todo lo que pueda. Estar a su lado y verlo tan feliz me causa un dolor en el pecho irreparable.

No podemos perderle. No podemos estar sin él. No solo yo, sino tampoco mi hermana. No sé si ella conseguirá sobrevivir a ese terremoto en nuestras vidas. Y si ella no lo sobrevive, dudo que yo pueda hacerlo con ella deshecha en mis brazos.

La noche cae rápido, estamos a primeros de abril y todavía anochece temprano. Nos sentamos a cenar los cuatro en la terraza de la casa. Mi madre ha preparado un estofado con verduras que tiene una pinta increíble.

Contemplo las estrellas, bajo la tenue luz de la vela que nos acompaña, y escucho a mi hermana devorar su plato de comida a mi lado. Ojalá volviera a ser una niña y no ser conscientes así del drama que se nos viene en un par de meses.

Desde el primer momento que mi padre tuvo cáncer de páncreas, mi madre me lo contó. No creo que ella hubiera soportado llevar sola ese peso sobre sus hombros sabiendo que, además de ser una pérdida irreparable, tendríamos que ayudar a Briny a gestionarlo.

Se lo detectaron hace un año y medio. No tenía solución así que él decidió tratarse para aguantar todo lo posible. A veces los dolores son tan fuertes que no puede salir de la habitación. Otros días está mejor, pero se ha quedado muy delgado y le suelen fallar los dedos al tocar la guitarra. Aun así, intenta mantenerse fuerte para que Briny no sospeche y, cuando veo sus esfuerzos, me entran ganas de llorar incluso con más fuerza.

—Está rico, ¿eh? —comenta mi hermana alegremente.

—Sí —respondo yo fingiendo una sonrisa.

—Veo que os gusta nuestro nuevo hogar, ¿no? —pregunta nuestro padre.

—Sí. Bueno. Es difícil. No tengo mi cuarto sola como antes y Little Fella ya no

puede dormir conmigo por la alergia de Ayla.

—Seguro que nos acostumbraremos a todos estos cambios con el tiempo —dice mi madre con dulzura.

Pero Briny está negativa. Siento su energía a mi lado y se lo veo en los ojos. No está contenta con el cambio y no sé si termina de entender por qué tuvimos que mudarnos. De todos modos, no está respondiendo tan mal como esperábamos y en realidad compartir habitación conmigo le está viniendo bien para adaptarse.

—Por lo menos podemos seguir sembrando —añade mi padre.

Briny sonríe y asiente con la cabeza.

Después de cenar recogemos la mesa y yo me voy a leer junto al fuego que está encendido en el comedor. Mi hermana le pregunta a mi madre si puede pasear al perro por las inmediaciones de la finca, y tras la negativa redonda, se marcha enfadada a pasearlo dentro de esta.

Cuando me asomo a la terraza la veo sentada en un montículo con Little Fella a su lado. Parece estar perdida en sus pensamientos mientras contempla la montaña que tenemos enfrente.

Aquí estamos bien, Briny necesita el campo para desarrollarse y ser feliz. Creo que nunca le hemos contado claramente por qué mis padres decidieron quedarse a vivir en la naturaleza y cómo mi madre hizo todo lo que pudo para aceptarlo.

Todo fue por ella. En general todas nuestras decisiones lo son.

Cuando teníamos cinco años, Briny aún no había hablado nunca. Los terapeutas decían que probablemente jamás hablaría y que debía de ser por el autismo y «lo otro». Hay niños autistas que no hablan nunca y forma parte de su condición. En realidad, al autismo se le denomina «espectro autista», porque cada persona autista es diferente a otra. Todos están metidos en un gran abanico en el que tienen elementos comunes pero comportamientos totalmente distintos unos de otros.

Briny parecía ser de esos casos de autismo que nunca hablarían. Vivíamos en la ciudad, mis padres habían estado antes en el campo pero tuvieron que volver por el trabajo de mi madre. Mi padre necesitaba dejar su alma libre e ir al campo de nuevo aunque fuera un verano de retiro espiritual, porque él siempre había odiado la ciudad y el cemento de los edificios.

Entonces un verano nos vinimos a la sierra de vacaciones. Todo un reto para mi madre, eso seguro. Ellos siempre se ríen diciendo que la primera noche llegó en tacones a la finca que habían alquilado y casi se tuerce un tobillo.

La sorpresa más increíble de ese verano ocurrió después de llevar una semana viviendo en el campo. Es increíble pero hasta yo misma lo recuerdo. Todavía escucho los sollozos de alegría de mi madre y de cómo mi padre gritó sorprendido.

Briny y yo estábamos jugando con la tierra. A pesar de que mi madre había intentado evitarlo todo el tiempo, teníamos arena hasta debajo de las orejas y me acuerdo también de mis manos cogiendo gusanos y pasándoselos a mi hermana. Tendríais que haber visto la cara de asco de mi madre porque no paré de reírme de ella.

Yo por aquel entonces no entendía qué le ocurría a Briny. Sabía que no era una niña como yo ni como las demás, pero también que lo que la hacía tan especial era bueno y no malo. La hacía una niña diferente y tenía la mirada más

honesta que había visto nunca.

Siempre le hablaba, a pesar de que mis padres me explicaron que no podía esperar una respuesta de vuelta. Pero a mí no me importaba, Briny era mi hermana y al menos quería que me escuchara.

Entonces, mi padre se aproximó a nosotras y empezó a explicarnos que los gusanos eran malos para las plantaciones porque se comían las verduras. Llegó un momento en el que yo desconecté y él acabó enseñándonos una semilla de algo que se podía plantar. Briny lo miraba con los ojos muy abiertos y yo preferí seguir jugando y no prestarle atención.

Cuando se levantó y se alejó, vi por el rabillo del ojo cómo mi hermana se ponía de pie y abría los labios para decir:

—Papá, quiero plantar acelgas contigo y no dejar que los gusanos se las coman. No se las pueden comer, ¿verdad?

Entonces mi padre chilló:

—¡¡Verdad!! ¡Briny! ¡Es verdad!

Y al alzar la mirada vi cómo mi madre rompía a llorar mientras bajaba corriendo a acudir a nuestro lado.

Diría que ese fue uno de los días más importantes y decisivos de nuestras vidas.

4. *Del* penfriend

Volvemos de clase y yo no dejo de darle vueltas a la cabeza por culpa de Jose, el chico que me dio su teléfono el primer día que fuimos al instituto. Briny está a lo suyo, tarareando una canción que escucha mucho últimamente.

Estos días en clase han sido fáciles, un grupo de chicas se sientan con nosotras en el recreo y hablamos. Bueno, en realidad hablo yo y Briny nos mira indiferente. No suele ser fácil que se adapte y menos cuando ve que para mí no tiene ningún tipo de dificultad. De todos modos, las chicas son muy amables y Briny parece ir aceptando su presencia día tras día.

Me dijeron que Jose es el ligón de la escuela. Yo nunca he quedado con un chico con intenciones más allá de una amistad; por eso, cuando le escribí un wasap y me contestó que le gustaría enseñarme una cosa del pueblo, no le dije nada.

Sin embargo, conforme subimos la cuesta de tierra hacia casa, otro mensaje entra. Y otro. Y otro. Mi móvil no deja de pitar y Briny me mira arqueando las cejas.

—¿No vas a contestar eso?

Yo hago una mueca con los labios y respondo:

—Me da pereza.

—Es el chico, ¿verdad? Te mira. Mucho, Ayla.

—Ya, pero no sé si quiero contestar, Briny. Quiere quedar conmigo.

Ella es mi única confidente y la más sincera que podría tener. Si bien las chicas de nuestra edad me pedirían a gritos que quedara con él, sé que mi hermana es cauta y tiene un instinto especial.

—Eso es normal, ¿no? Tener novio, digo —añade ella parándose en mitad del camino a casa y colocando sus brazos en la cadera.

—Pues... A ver..., sí..., pero no tengo tiempo para un novio, quiero estudiar una carrera con una nota alta y ya suficientes tareas tenemos en casa como para añadir un novio.

—Yo quiero novio.

Seguimos caminando y hablamos de nuestras prioridades. Briny me comunica que siente la necesidad de tener novio y vivir otras experiencias. Dice que se aburre porque todos los días son iguales y que odia ir a clase, preferiría estar en la finca sembrando con nuestro padre y cosiendo. Lo cierto es que este curso Briny acabará el instituto y nuestros padres no quieren forzarla a hacer bachillerato. Tendrá un diploma de que ha acabado la escuela que ni siquiera tiene la validez de un título y a mí me parece superinjusto teniendo en cuenta que es inteligente y que toda la vida la han tratado como si no lo fuera.

—¿Qué día nació la abuela? —le pregunto ya llegando a casa.

Ella se ríe y responde:

—Me encanta ese juego. El tres de abril de mil novecientos cuarenta y dos. ¿Y el abuelo?

—Y yo qué sé —respondo riéndome.

Briny siempre ha tenido una facilidad increíble para los números. Nos dimos cuenta cuando crecimos un poco y ella hacía mis deberes de Matemáticas. Quizá para otras cosas no, por «lo otro», pero sin duda se nota que su mente es un hervidero con una capacidad por encima de la media. Muy por encima de la mía, eso sin duda.

Después de comer voy a la habitación de mi padre y me siento en su cama. Está descansando, no ha comido y se encuentra muy débil. A veces sueño que no está enfermo y lo veo sentado en la terraza tocando la guitarra mientras Briny y yo cantamos con él.

Todavía no hemos terminado de decorar esta casa pero, al cerrar los ojos, recuerdo la habitación de mis padres con el mural que pintamos Briny y yo de niñas. A mi hermana le fascina la pintura, yo soy una patata frita aunque intentaba estar a su altura. No tardé en entender que ambas éramos diferentes a pesar de parecernos mucho por fuera y desarrollé mi amor por la literatura, que me encaminó a escribir canciones para mi padre.

Él se despierta y al mirarme sonríe.

—Pajarito, ¿qué haces aquí?

Yo suspiro y le miro. No sé qué decirle. Tengo la sensación de que quiero retenerlo en mi memoria para cuando nos deje.

—¿Cómo estás?

—Bien, Ayla. Solo tenía sueño por el tratamiento. Ya sabes.

—¿Quieres tocar conmigo un poco?

—Claro.

Sus ojos oscuros me sonríen, después se levanta y con el pijama puesto me acompaña a la terraza de la casa. El sol pega con fuerza, es primavera y todo está floreciendo a nuestro alrededor. La montaña que hay justo enfrente de la nuestra está cubierta por una espesa niebla y no nos deja ver la nieve que empieza a derretirse.

Mi padre alcanza su guitarra, una acústica roja oscura con cuerdas firmes, y la afina mientras yo rebusco en mi carpeta la última letra que le escribí. Antes se iba de gira y nos dejaba con nuestra madre, que era incapaz de mantener la tierra y la mayor parte de las cosechas se perdían porque aún éramos muy pequeñas para hacerlo nosotras solas. Después Briny aprendió y me enseñó cuando nuestro padre estaba fuera.

Hace tiempo que no se va de gira y cuatro años atrás sacó su último disco. Siempre dice que el mundo de la música ya no es para él, que cansa demasiado estar tan lejos de casa. Pero al menos no ha dejado de tocar y es algo que echaremos de menos si la enfermedad se lo lleva. No me imagino nuestra casa sin música, sin mi madre gritándonos que bajemos la voz y harta de las visitas de músicos internacionales que no han olvidado a mi padre.

Empieza a tocar una melodía que me sé de memoria, es una de sus canciones más famosas. Hace unos meses la versionamos y le escribí otra letra más actualizada que habla del campo y la brisa de la montaña. La cantamos juntos y yo me río cuando él hace cambios con bromas sobre mi madre.

De pronto, Briny se acerca corriendo con la tableta en las manos. Nosotros dejamos de cantar y la miramos.

—¡Ha escrito!

—¿Marcos? ¿Qué dice? —le pregunta mi padre dejando la guitarra apoyada en la silla que tiene al lado.

—¡Hay una foto! —exclama ella.

—¡¿Qué?! ¡¡A ver!! —exclamo yo casi quitándole la tableta de las manos.

—¡No! —se enfada mi hermana mirándome molesta—. Mira.

Gira la tableta para que podamos ver la foto y ahí está, Marcos, un chico rubio de ojos verdes, una sonrisa un tanto torcida y hoyuelos en las mejillas. Es ancho de espaldas y tiene la cara redonda. Muestra una mirada tierna y una sonrisa para mi hermana.

—Es guapo, eh —me dice ella nerviosa.

—Guapísimo, Briny —respondo.

—Parece un chico interesante —añade luego nuestro padre.

—¿Querrías que fuera tu novio, Ayla? Seguro que sí. —Briny deja la boca abierta, que es algo que hace cuando está emocionada.

—Bueno, me gusta como cuñado.

Ella se sonroja y apaga la pantalla sin decir nada más. Está que se sale de sí misma, se lo notamos en la mueca que hace con la cara y porque no es capaz de decir más.

Nuestro padre se ríe y responde:

—Parece que Marcos es un chico que debemos conocer.

—Todo el mundo necesita un novio, ¿no?

—Tu hermana seguro que no, es una cascarrabias.

—¡Eh! —Golpeo el hombro de mi padre y él mira a Briny.

Ambos se ríen y yo sonrío.

Marcos. Quizá Briny aprenda muchas cosas de este chico. Es un amigo que tiene por carta, vive en Granada. Por eso mis padres se pusieron en contacto con los suyos, les dijeron en la asociación a la que va a Briny que los padres de Marcos estaban manteniendo relación con familias como la nuestra porque querían que Marcos conociera chicas con su misma condición.

Quién sabe, a lo mejor Briny acaba teniendo novio antes que yo y eso sería toda una aventura.

5. De una madre luchadora que nunca se rindió

Las chicas de clase han subido a la finca a merendar esta tarde. He invitado a Lola, Andrea y Marina, que son las que se sientan con nosotras en el recreo. Todas tienen nuestra edad excepto Lola, que es repetidora y tiene dos años más que nosotras. Son simpáticas y en realidad me sonaban porque, cuando veníamos al pueblo a hacer compras, a veces me las cruzaba. Suelen sentarse en la plaza a pasar las tardes como casi toda la gente de nuestra edad, así que las había visto de lejos.

—Tenéis una casa preciosa, María —le dice Andrea a mi madre, que está preparando café mientras nosotras hacemos los bocadillos.

—Gracias, nos costó encontrar una finca que se adecuara a lo que buscábamos pero aquí estamos, por fin.

Nos sentamos a merendar y las chicas me hablan de su vida, de cómo se han criado en el pueblo y de que no pudieron evitar acercarse a mi hermana y a mí porque nunca llega nadie nuevo al instituto.

—Nuestra vida allí no era muy diferente a aquí, la verdad —reconozco—. Solíamos hacer lo mismo y nos gusta pasar tiempo en la finca. No solemos salir demasiado. Eso sí, hemos viajado mucho con mi padre porque era un músico conocido.

—¡Ya! Menos mal que lo has dicho, he visto las fotos del salón y lo he reconocido. Es Jaime Romero, ¿no? A mi padre le encanta su música y siempre ha soñado con encontrárselo por La Alpujarra porque sabía que vivíais por aquí —dice Lola superanimada.

—Bueno, a él no le gusta que lo reconozcan por la calle. Siempre ha recibido mucha atención en público, supongo que en parte eso es lo que le hizo mudarse...

De pronto las chicas dejan de mirarme y dirigen sus ojos a la entrada de la terraza. Briny, por fin. No sabía dónde estaba, la estuve llamando antes de que llegaran pero no apareció por ninguna parte. Viene con Little Fella, supongo que han estado de paseo.

—Hola, eh —saluda ella mirando al suelo mientras pasa por nuestro lado.

—Briny, ¡hola! —exclama una de las chicas.

Pero mi hermana sigue su camino y entra en casa sin decir nada más. Yo suspiro y doy un sorbo al café. A veces me cansa que mi hermana sea el centro de atención de mi vida. Sé que nos entendemos como nadie porque somos parte casi una de la otra pero, cuando ocurren estas situaciones, cierro los ojos e intento recordar las palabras de la terapeuta. Siempre nos ha pedido que nos imaginemos, si no es fácil para nosotros, cómo debe de ser para ella.

—Tu hermana es autista, ¿no? —pregunta Marina. Su pelo rizado pelirrojo está recogido en una trenza y noto cómo lo toca nerviosa. He aprendido con Briny a leer a las personas solo por su lenguaje corporal.

Vaya, ahora parece que las tres se sienten cohibidas y nerviosas por la

conversación.

—Sí, es autista.

—Mi prima es autista también —me dice Lola poniendo su mano sobre la mía. Parece que a ella no le incomoda esta conversación—. La entiendo, hay que darle tiempo.

Yo la miro sonriendo. Sí que he notado en el instituto que deja a Briny a su aire y no la presiona.

—Sí..., no es fácil a veces.

Mi madre sale del salón que da directamente a la terraza y nos pregunta si puede sentarse con nosotras. Está tan impecable y guapa como siempre, es sorprendente cómo es capaz de llevar vestidos y botas de tacón viviendo en el campo, porque no renuncia a quien es ni aunque esté en una mina bajo tierra haciendo el *shooting* de una de sus modelos (de verdad que ha ocurrido, no es ninguna broma).

—Briny se ha ido a dar un paseo, la he dejado salir sola de la finca con Fella. Os he escuchado desde la cocina y me gusta lo que has dicho, Lola —le dice sonriendo—. Me gustaría también saber más de tu prima.

—Bueno..., tiene treinta y cinco años. Ahora vive sola en un piso colindante con el de mis tíos y trabaja en un supermercado de reponedora. Está muy contenta.

—Nosotros aspiramos a que Briny consiga esa independencia. Es un trabajo constante porque hay que reforzar los conocimientos que ha adquirido pero creo que toda la familia nos hemos comprometido dando todo nuestro corazón para ello. —Me mira orgullosa y yo le sonrío.

—¿Puedo preguntar por qué si son mellizas no son... iguales? —dice Andrea.

—Claro..., verás... —Mi madre les cuenta todo lo que hemos investigado sobre ello y las chicas la escuchan atentamente.

—Sois una familia ejemplar, ¿lo sabes? —añade Marina.

—Bueno, es un trabajo diario. La que más trabaja es Briny, indudablemente.

—¿Cómo os disteis cuenta? Si no es mucho preguntar...

—No te preocupes, Andrea. Nos gusta que la gente sienta curiosidad, eso también ayuda a entender a las personas como Briny. En realidad, desde que eran niñas, fue muy fácil detectarlo porque al ser mellizas y tener comportamientos tan diferentes... Briny nunca jugaba como Ayla. Por ejemplo, recuerdo que Briny alineaba los juguetes en vez de usarlos como su hermana. No nos mantenía la mirada, no le gustaba que le diéramos cariño y... tardó mucho en hablar. No habló hasta que tuvo cinco años.

Me imagino la desesperación de mis padres y la incomprensión del mundo. Me contaron que cuando vieron que éramos tan diferentes llevaron a Briny al pediatra y él solo exclamaba que era una niña como el resto, preciosa y muy graciosa. Llegó un momento en el que mis padres no podían más y empezaron a investigar. Hasta que dieron con nuestra terapeuta, que es una de las mejores de Andalucía, y esta confirmó que era una niña autista.

—Sentí que el mundo se caía a mis pies. Salimos de la primera consulta y yo solo sollozaba diciendo: «Mi niña, mi niña, mi niña...». Fue Jaime el que se mantuvo firme y me pidió que me calmara por Briny y que lidiaríamos con ello como la familia que somos. Pronto encontramos la asociación de autismo de

Granada, que nos ayudó a entender a Briny y a normalizarlo. Y aquí estamos, dieciséis años después.

—Tuvo que ser duro —comenta Marina.

—Sí, sobre todo porque intentamos normalizar la vida de las niñas todo lo que pudimos. Pero ni siquiera en la escuela le pusieron a Briny un aula especial porque se necesitaban tres niños autistas para ello. Y seguimos día a día luchando para que el mundo la entienda. Por suerte se tienen ambas y os aseguro que su conexión es más especial de lo normal.

Y sin darnos cuenta, de nuevo, la vida vuelve a girar en torno a Briny. Y aunque entiendo la curiosidad de mis nuevas amigas, no puedo evitar sentirme mal por no poder compartir una tarde con unas chicas que estoy conociendo sin que mi hermana sea el centro de atención.

6. De cuando la finca se inunda

La tierra está húmeda en mis manos. Me agacho, remuevo, meto una semilla y la cubro de nuevo. Saco pequeñas piedras de vez en cuando, sería bueno que la acelga creciera lo más limpia posible sin ningún obstáculo. Mi hermana se agacha a mi lado, palpa la tierra que acabo de colocar y da el visto bueno. Cuando acabamos una línea del huerto, me indica por dónde debo seguir. Ella ha preparado el suelo con mi padre, quitaron las malas hierbas hace unos días, abonaron la tierra y lo dejaron todo listo.

—Con cuidado, es importante, ¿no? —me dice con voz suave viendo que a veces cavo demasiado hondo y saco tierra de sobra fuera.

Yo asiento con la cabeza siguiendo con nuestra tarea. Los fines de semana solemos dedicarlos a la siembra y al cuidado de los animales.

Ahora es el momento ideal para plantar, es primavera y las cosechas no se pueden tener en invierno porque en La Alpujarra nieva y hiela muchísimo. A veces hemos intentado plantar en maceteros tomates por el simple hecho de entretenernos, pero nunca han aguantado un invierno.

Alzo la cabeza y veo cómo una nube oscura se acerca a la finca. Daban mucha agua para hoy y no tengo ganas de que llueva porque sé lo que implica. Cruzo los dedos para que no descargue con mucha fuerza y sigo plantando.

Cuando acabamos, Briny nos dirige al gallinero. Abrimos la puerta para que las gallinas salgan a comer por el campo y después recogemos los huevos. Mi padre preparó el gallinero al llegar, en el sitio donde el antiguo dueño tenía las cabras. Observo las apañadas estanterías de madera en las que están unas pequeñas cestas de plástico con telas, que es donde ponen los huevos. Algunas están durmiendo, así que Briny se pasea a su alrededor en silencio recolectando los huevos que vamos colocando en la cesta de mimbre que tengo en las manos.

La observo acercarse a las gallinas, abren los ojos y la miran pero no se mueven. Sé que si yo avanzara un solo paso hacia delante saldrían corriendo del gallinero. Ella les sonríe y sigue con su tarea sin inmutarse.

Al salir por el gallinero noto cómo empieza a llover y no tardamos en empaparnos dando un par de pasos. Oh, no, parece que va a llover mucho y no me apetece lidiar con una tormenta ahora mismo. Ya es media tarde y en un rato cenaremos y nos iremos a dormir, y si llueve mucho es probable que no durmamos demasiado.

Volvemos a casa y dejamos los huevos en la despensa. Después, Briny se sienta a la mesa del salón y sigue cosiendo los retales que está preparando para hacer una colcha para la cama de nuestros padres.

—Ya estás preparando regalos, menuda previsora.

—Bueno..., tú también compras regalos antes, ¿no? Es lo que todo el mundo hace.

—Pues sí, Briny..., es lo que todos hacen. Me gustaría saber hacer cosas con mis propias manos como tú, pero no parece muy fácil.

Ella deja la aguja en su sitio y me sonríe, después sigue cosiendo en silencio. Sus dedos recorren la tela con delicadeza y cose a una velocidad sorprendente. Mis padres contrataron a una mujer mayor del pueblo cuando éramos niñas para que la enseñara a coser. Ya de niña Briny mostraba interés por los trabajos manuales. Es por eso por lo que es toda una *crack* con la cosecha, arreglando cosas que se rompen, cosiendo y pintando. A veces cuando la miro me gustaría saber qué pasa por su cabeza, pero no suele hablar más de lo necesario.

Pronto me aburro de observarla, busco mi ordenador y veo una serie a su lado, en un sillón que hay justo detrás de donde se encuentra. Intento verla en francés, me gusta mucho y estoy aprendiendo en el instituto muy rápido. En realidad siempre me han gustado los idiomas y he elegido presentarme en selectividad dentro de dos años por francés en vez de inglés, ya que se me da bastante mejor.

Cuando Briny acaba y ha pasado una hora, se levanta, coge en brazos a Little Fella y se sienta en otro sillón cerca de mí a esperar que lleguen mis padres para cenar. Yo termino el segundo capítulo que estoy viendo de la serie, y mientras nuestros padres cocinan, pongo la mesa con Briny.

En el tejado resuena la lluvia y veo cómo Briny empieza a mover la cabeza de un lado a otro como suele hacer cuando está nerviosa. Su perro se sienta junto a ella de nuevo en el sofá y la observo mirar hacia la nada y seguir moviéndose frenéticamente. Uf, espero que pase pronto la tormenta, lo último que necesito es no dormir antes de ir a clase mañana de nuevo.

—Abril, aguas mil, eso dicen —comenta mi madre al sentarnos alrededor de la mesa a cenar.

Los dos miran a Briny mientras lo dice, pero esta sencillamente se sienta a mi lado y dirige su mirada al plato de comida.

—Gracias, papá, mamá, la comida tiene una pinta increíble —añado yo mientras cojo sus manos.

Rápidamente bendecimos la mesa. No somos religiosos, pero mi madre sí lo es y siempre hemos bendecido la mesa por respeto a ella. Pocas veces hablamos de religión en casa pero sé que ella siempre le explica a la gente que es cristiana ortodoxa, de ahí algunas imágenes que decoran la casa. Incluso tiene su pequeño altar en su oficina. Alguien dijo que teníamos una Virgen paleocristiana cuando vino a visitar a mis padres y, tras una investigación, vi que era un arte primitivo cristiano y que, efectivamente, coincidía bastante con otras imágenes ortodoxas de mi madre.

—Lluvia —dice mi hermana casi susurrando.

Nosotros nos miramos de manera cómplice entendiendo qué queremos decirnos. Cuando Briny dice la palabra «Lluvia» es un indicador de que se acerca la tormenta de verdad. Mi madre inspira con fuerza y empieza a hablar de cosas que no tienen relevancia solo para quitarle atención a la tormenta. Sé que eso no es suficiente, yo aprieto la mano de mi hermana por debajo de la mesa y le sonrío.

—Creo que el examen de Latín me saldrá bien, he estado estudiando estos días y no es muy difícil —contesto a mi padre.

—Os estáis adaptando bien al instituto, en dos semanas ya habéis hecho

amigas. ¿No te parece, Briny? —la apela directamente porque ni siquiera está comiendo.

—Hum... —es su única respuesta.

Me aprieta la mano cada vez con más fuerza.

—El de Matemáticas seguro que será fácil con su ayuda, es una máquina con los números. Ojalá pudiéramos hacer los exámenes en pareja, seríamos imparables —digo yo alzando la voz porque la tormenta cada vez arrecia con más ímpetu.

De pronto, mientras mi madre comenta algo sobre su trabajo y un viaje que no va a poder posponer mucho más, mi hermana corta lo que dice con un grito y sube las rodillas a la silla abrazando su cuerpo. Suelta mi mano con tanta velocidad que me araña la muñeca y empieza a decir «Lluvia» repetidas veces hasta que suena como un susurro constante.

Mis padres se miran alarmados y dicen:

—Briny, tranquila, estamos dentro de casa, no va a pasar nada.

Un rayo rompe de nuevo el silencio que se establece después y ella se levanta gritando de miedo.

—¡Briny! ¡Siéntate, ya eres mayor! —la riñe mi madre levantándose también.

—¡No! —grita respondiendo.

—Por favor, hija, no pasa nada, de verdad —insiste ella acercándose.

Pero, como suele pasar, comete el error de posar sus manos sobre mi hermana cuando está asustada, y ella se aleja dando un brinco y gritando que la deje en paz. Yo me levanto también y le indico a mi madre que se siente y se aleje de ella.

—Briny, eres mayor para estas cosas —insiste mi madre sin darse cuenta de que, aunque no sea su intención, solo consigue meter hondo el dedo en la llaga y enfadar más a mi hermana.

—¡No! ¡No puedo! ¡Siempre queréis que sea mayor pero no puedo! —grita ella como una niña de seis años con una rabieta—. Es culpa vuestra. Lluvia. Por vuestra culpa. ¡Nunca seré normal, ¿no?! —Esto último lo grita con tanta fuerza que mis padres se quedan petrificados en sus sillas.

Seguidamente veo cómo mi hermana se dirige al salón gritando y casi echando humo por las orejas.

—¡¡Briny!! —grito su nombre y corro tras ella.

Sabemos qué viene a continuación. Esto pasa a menudo desde que es niña y sé que no puede controlarlo.

—¡No! —responde tirando los libros de la estantería que tiene más cerca y golpeando el mueble—. ¡No!

Mis padres nos miran horrorizados, hacen un amago de levantarse pero rápidamente los fulmino con la mirada para que se queden donde están. Desde la distancia que nos separa puedo sentir el dolor de Briny. Lo siento, como si me doliera a mí, porque la conozco tanto como me conozco a mí misma. Sé lo que siente, sé que sus manos actúan más rápido que su cuerpo, sé que está frustrada y que luego se sentirá fatal por hacer todo esto.

Pero también sé que no puede controlarlo.

Las lágrimas recorren sus mejillas cuando está a punto de darle una patada a la mesa que hay en el centro del salón y yo la recojo entre mis brazos, dejando

que grite, que me dé puñetazos y que patalee hasta que se agote.

—No pasa nada, estoy aquí —susurro sosteniéndola con firmeza.

—Ayla... —solloza dejándose caer sobre mí como un peso muerto y rindiéndose.

Después consigo que se siente en el sofá a mi lado y le toco el pelo dejando que llore en mis piernas. Me duele muchísimo verla así. Pero tengo que dejar que sea ella misma y que saque fuera lo que lleva en silencio.

La primera vez que ocurrió esto teníamos once años y Briny se había caído en una poza que estaban excavando en la finca de los vecinos. No era muy honda y sin duda había espacio de sobra para sacarla teniendo la altura de mis padres. Desapareció durante tres horas, empezó a llover con tanta fuerza que mis padres se asustaron al ver que no estaba en casa. La buscamos y fui yo la que escuché sus gritos pidiendo auxilio. Ahí estaba, helada, mojada, sin poder salir y casi exhausta de tanto gritar; la lluvia no nos había dejado escucharla. Pronto mi padre la sacó y la ducharon. Desde ese día Briny no soporta las tormentas.

La terapeuta nos dijo que tenía un pequeño trauma por eso que pasó pero que, sobre todo, hasta que superara la adolescencia a veces explotaría como una olla a presión porque su mente es incapaz de ir a la velocidad de su cuerpo y eso le genera frustración. La frustración no solo se manifiesta cuando llueve, también cuando alguien habla del autismo a su alrededor, o cuando volvemos de la terapeuta, y siente que no es como nosotros.

—Ya está —susurro tocándole el pelo.

Mis padres me miran casi llorando. La única que puede calmarla soy yo. Ya os dije que Briny y yo nos entendemos como nadie, no era broma. También Briny es la única que me calma a mí cuando me preocupo por tonterías y me enfado. Incluso cuando discuto con nuestros padres, ella es la que se sienta a mi lado y me deja desahogarme. No sé, creo que nuestra conexión va más allá de ser hermanas. Es de mellizas que se han criado como uña y carne.

—Ayla..., ¿por qué no puedo ser como tú?

Su voz se rompe cuando dice la última palabra y me mira a los ojos durante unos segundos esperando una respuesta que no puedo darle. Ojalá el mundo fuera como nosotras deseamos y mi hermana tuviera la vida que quiere.

No digo nada, solo sigo tocándole el pelo y dejándola llorar mientras la lluvia sigue arreciando con fuerza contra las ventanas y los rayos rompen el cielo.

7. De una nueva mejor amiga y un poquito de amor

Las calles que bajan a la plaza del pueblo están empedradas y admiro las casas que lo componen, están encaladas y son de piedra. El pueblo está protegido como patrimonio de La Alpujarra y por eso los dueños no pueden renovar sus casas sin antes consultar al Ayuntamiento. Han mantenido todo como estaba originalmente, de ahí que sea tan bonito desde fuera y desde dentro. Es pequeño, pero también uno de los más visitados de la zona por su historia y contenido cultural. Me cruzo con varios turistas que están haciéndose fotos en cada acequia que ven y cada portón de madera.

Sin darme cuenta, acabo perdiéndome entre el sistema nervioso complejo que componen las calles del pueblo. Son en zigzags porque así se evitan las pendientes de la montaña y semejantes a los trazados del terreno de los cultivos, siempre adaptándose a la forma natural del relieve. Las casas están apiñadas a ambos lados de las calles, casi como si quisieran aprovechar al máximo posible el espacio.

Llego a la plaza, que es rectangular y tiene el Ayuntamiento luciendo en uno de los lados. Rápidamente veo a Lola sentada en un banco saludándome. Lleva la ropa deportiva de esta mañana porque teníamos Educación Física y está con una bolsa de pipas en las manos. Su pelo oscuro, corto, está peinado hacia atrás con una diadema y sus ojos verdes parecen más profundos por la raya que los marca.

—¡Ayla! —me llama cuando estoy casi a su lado.

—Aquí, echando la tarde, ¿no? —le pregunto.

—Me alegra que hayas venido, quiero enseñarte algo.

Dejamos la plaza atrás y la sigo, Lola anda muy rápido cuesta arriba, se nota que lleva toda la vida viviendo con estas pendientes. Lo cierto es que esta es de las primeras veces que salgo de casa con amigas desde que nací. Sonará raro pero nunca he tenido demasiado interés en hacer amistades, siempre me he tenido a mí misma y a Briny y con el trabajo de mi padre hemos viajado tanto que no había tiempo los fines de semana para hacer fiestas de pijamas con amigos.

Lola me habla de su familia, me cuenta que sus padres están divorciados desde que es niña y que su madre no quiere volver a tener novio porque pasó muchos años limpiando para su padre, que ahora es feliz estando soltera y siendo independiente. También me cuenta que repitió dos años porque tuvo mononucleosis, un virus que la dejó seis meses en el hospital porque le afectó al bazo. Cuando volvió a clase no era fácil estar al día y acabó repitiendo un curso después de perder otro por el virus.

—¿Y tu vida?

—No sé... Supongo que se define por Briny, mis padres, el campo y los libros. Me encanta leer, ¿sabes? Sé que no es muy común en chicas de nuestra edad pero me gustaría trabajar en una editorial algún día. Aunque, bueno, todavía queda mucho para eso.

Lola se ríe y entramos en una tienda a comprar zumo. Al salir me dice:

—Pero ¿y algún novio o algo interesante?

—Qué va..., la verdad es que nada. No he estado interesada nunca en los chicos.

—¿Y en las chicas? —Me mira arqueando una ceja.

—No, no me gustan las chicas —respondo riéndome.

—En general no estás muy interesada en tener pareja —dice alzando los hombros y sonriendo.

Seguimos caminando, y para cuando quiero darme cuenta, estamos en un mirador increíble. Hemos hablado todo el rato y no me había fijado en que habíamos subido tanto; de hecho estamos cerca del camino que lleva a mi casa pero, aunque he pasado por aquí cada día con Briny volviendo del instituto, nunca había visto este lugar. Está escondido tras unos árboles y escucho voces bajo nuestros pies.

Al asomarnos veo gente de nuestra edad y mayores sentados bebiendo y charlando.

—Bienvenida al Mirador del Ojo —me dice sonriendo.

—¡Guau!

Pero mi sorpresa es mayor al toparme con unos ojos azules que miran los míos. Seguidamente una sonrisa de dientes perfectos y blancos. Y una gorra que sé que esconde un cabello castaño oscuro como la corteza de los árboles.

—Ayla Romero —dice levantándose.

—Jose...

—Jose Pérez. No te preocupes, mi apellido es tan común como el tuyo —me responde riéndose y acercándose para darme dos besos.

—Ella es...

—Lola.

Los dos se miran arqueando las cejas y luego veo cómo mi amiga se vuelve y busca un sitio para sentarse lo más alejada posible de Jose. Yo los observo extrañada, y antes de que diga nada, Lola me llama y me siento a su lado dejando que Jose vuelva adonde estaba con otros chicos del pueblo.

—¿Me he perdido algo? —pregunto esperando una respuesta más que directa.

—No..., es mi primo. Nuestras familias no tienen mucha relación. Se pelearon por la herencia de mi abuela y lo cierto es que los primos seguimos el camino de nuestros padres. Su madre es una idiota, igual que mi padre, no tienen mucho remedio.

—Familias que se pelean por dinero, buah, odio eso —comento yo casi susurrando.

—A ver... estábamos hablando de novios. No me dirás que te gusta mi primo, ¿no? —me pregunta haciendo una mueca con la cara.

Yo me río y exclamo:

—¡Chist! Que nos va a escuchar. A ver... Pues no, no me interesa tener novio y tengo demasiadas cosas en las que pensar para añadir otra más. Y sí, Jose es muy guapo y ha sido muy simpático desde el primer día conmigo.

—Bueno, aunque sea mi primo y no tenga mucha relación con él, sé que es buen niño. Y además, el curso que viene se va a la universidad, así que tampoco te has de preocupar mucho con el hecho de que sea tu novio. Creo que con vivir

algunas primeras experiencias...

—¡Calla! ¡Qué vergüenza! —le digo riéndome.

Durante unas horas bebemos zumo, hablamos de nuestras vidas y aspiraciones y vemos cómo atardece desde el Mirador del Ojo. El mirador es increíble, las montañas nos rodean y tenemos un barranco a nuestros pies. El ambiente es genial, incluso suena una guitarra de fondo y chicos cantando canciones. Lo cierto es que este pueblo tiene más vida que del que venimos y empieza a gustarme cada vez más la idea de habernos mudado.

Quizá Lola tenga razón y es hora de dar un paso adelante; no puedo tener dieciséis años y no hacer amigas, tener novio y dejar que me rompan el corazón. Hasta Briny está empezando a vivir esas cosas y yo siempre me he centrado demasiado en mi familia y en los estudios sin tener otras aspiraciones.

Hablamos de las chicas de su grupo de amigos. Lola me confiesa que en realidad no conecta mucho con Andrea ni Marina y que yo le parezco mucho más interesante. Que las chicas se preocupan por cosas que a ella le dan igual y que nunca ha terminado de encajar en el pueblo. Todos hablan del divorcio de sus padres y le hicieron *bullying* cuando era niña.

—No sé..., las chicas no me escuchan. Por ejemplo, tú me has escuchado más en dos semanas que ellas en tres años.

—Bueno, yo nunca he tenido una amiga como tú, si eso te consuela. Pero admito que no he hecho muchas amigas en la vida. —Ella rompe a reír conmigo.

Cuando es de noche del todo, recogemos la basura y nos encaminamos para salir del mirador. Mañana tenemos clase y se está haciendo tarde. Seguro que mis padres están molestos porque habrán cenado sin mí y Briny me estará esperando para irnos a dormir.

—Ayla. —Escucho que me llama Jose.

Lola me mira y, tras guiñarme un ojo, sigue andando para dejarme atrás a solas con él.

—Ey, perdona, estábamos a lo nuestro.

—No, da igual. Oye..., no me respondiste... Me gustaría que nos tomáramos algo un día de estos. —Se le escapa una sonrisa nerviosa.

—Me parece bien, claro..., humm..., uno de estos días.

Y tras decirlo me doy la vuelta y, antes de que diga nada más, ando rápidamente hacia mi amiga, que me mira sonriendo.

8. De la crueldad humana

Mis pies recorren el camino de tierra sorteando las grandes piedras que nos encontramos, hace un típico día de primavera, los almendros están en flor como me dijo Briny y empiezan a perder las flores por la helada que sufrimos estos últimos días. El sol me baña la piel y me quito la sudadera, a pesar de que es temprano, porque últimamente en Andalucía el tiempo se ha vuelto loco e igual que heló ahora hace un calor más propio del verano. Las abejas realizan su tarea con empeño y Briny pasa sus dedos por las flores ya abiertas y coloridas.

Mis deportivas se hunden en la tierra y noto cómo esta se abre paso entre mis calcetines. Mi padre siempre insiste en que no nos quitemos las botas de montaña y mi hermana no duda en hacerle caso; a veces me gustaría no preocuparme por tonterías como la ropa que me pongo para el instituto. Mala opción sin duda la de las zapatillas, pero al menos va acorde con el cambio de temperatura.

Conforme bajamos repetimos el diálogo una vez y otra. Hace ya más de un mes que llegamos al instituto y nos hemos adaptado rápido. No he perdido mi objetivo de sacar las mejores notas de la clase, quiero poder estudiar algo que de verdad me motive en la universidad, y aunque todavía queda para eso, estoy convencida de que la rutina adquirida me ayudará cuando pase a bachillerato.

—¡Amor! ¡Ay, el amor! ¡Ese que conserva la belleza que llega accidentalmente o por elección! —exclamo yo empezando de nuevo. Dejo que mis manos se guíen por las palabras que voy recitando y sobreactúo para que Briny se sienta más relajada.

De hecho mi hermana me mira de soslayo y se ríe nerviosa, casi para sí misma.

—*Quilla, estás to pesá con eso, eh* —me responde riéndose todavía nerviosa.

Seguimos representando la obra de teatro ya casi en la puerta del instituto, lo repetimos en bucle porque es la mejor manera de que Briny deje a un lado sus nervios y, cuando tengamos que hacerlo delante del resto de la clase, no se colapse.

Cuando nos pidieron que nos pusiéramos en grupo para un trabajo de Lengua, Briny me agarró de la mano y yo le sonreí. Nunca he tenido otra pareja para las tareas de clase y evidentemente no dudaba de que fuera a ser diferente esta vez.

Nos hemos pasado toda la semana repasándolo delante incluso de mis padres, Little Fella y hasta los gatos que se pasean por la finca para que saliera lo mejor posible. A veces rechazamos los trabajos orales cuando vemos que no vamos a poder hacerlo, pero esta vez ha sido mi hermana la que ha insistido en intentarlo. Algo está cambiando y me alegro de ello.

—¡Ayla, Briny! —Escucho la voz de Lola que se acerca corriendo a nosotras por los pasillos.

Mi hermana la mira y la saluda incómoda, ha cortado nuestra repetición número doce de hoy. Creo que para cuando lo hagamos no vamos a tener ni que

pensarlo.

—¡Ey! ¿Tienes Inglés? —le pregunto.

—Ya me gustaría estar con vosotras en clase pero sí, se me da fatal. Por cierto, ¿habéis visto la decoración de la entrada? ¡Está increíble! Y yo he ayudado en el mural principal.

Mi hermana y yo nos miramos confundidas y negamos con la cabeza. Lola nos guía por los pasillos y al llegar al vestíbulo vemos que es verdad que está increíble. Han recubierto las paredes de papel marrón y hay un mural gigante. Se ve a una mujer con rasgos asiáticos sosteniendo en sus manos un corazón morado. El resto de los muros están llenos de folios con fotos de mujeres y lo que parecen sus biografías.

—¡Claro! ¡Hace un mes fue ocho de marzo! ¡El Día de la Mujer Trabajadora! —digo cayendo en la cuenta. De hecho por eso hoy tenemos la exposición del trabajo oral, la profesora lo mandó hace un mes para hoy.

—Sí, cuando llamaron al consejo de estudiantes en el que estoy, no sé si te lo he contado ya, propuse que decoráramos el edificio y bajáramos cada curso a hacer una visita. Lo ha hecho el alumnado de primero y segundo de la ESO —me cuenta mi amiga muy orgullosa y con los ojos brillantes.

—En nuestro antiguo instituto no había iniciativas así de bonitas, es precioso, la verdad...

—¡Ayla! —me llama mi hermana que está dando una vuelta por el salón—. ¡Mira! ¡Está Miley Cyrus!

Me acerco a ella y miro la biografía que está leyendo en alto orgullosa. Hay una foto de la cantante en mitad de un campo con una banda *country*. Lleva el pelo recogido en un moño y aunque está en blanco y negro consigo vislumbrar su felicidad. Mi hermana roza la foto con los dedos mientras sigue leyendo. Por algún motivo adora a Miley Cyrus y estoy segura de que se sabe su biografía mejor que la que la haya escrito en este papel.

—Hay muchas mujeres muy interesantes, mira, justo a su lado está Virginia Woolf. —La señalo yo también sonriente.

—¿Quién es esa? —me dice mi hermana arqueando las cejas.

—Una escritora famosa con una vida muy interesante.

—Seguro que no tanto como la de Miley.

Yo me río por su respuesta y, tras dejarla terminar de leerlo, le indico que tenemos que ir a clase. Ya ha sonado el timbre y toca clase de Matemáticas; en la siguiente hora haremos la exposición.

En la clase de Matemáticas escucho a mi hermana susurrar repitiendo las cuatro frases que tiene que decir en la representación teatral. Transcurre la hora entre intentar resolver problemas en la pizarra por parte de algunos de mis compañeros y observar de reojo a Briny recitando una y otra vez lo mismo. Por suerte estamos sentadas al fondo y no nos escucha el profesor. Pero, a nuestro lado, un compañero nos manda callar repetidas veces. No me gusta nada ese chico, es repetidor y se cree muy interesante por hacerse el malo con las niñas de la clase. Alguna vez ha intentado acercarse a mi hermana y a mí en los intercambios pero he hecho todo lo posible para que ni siquiera nos mirara. Se mete con la gente que quiere todo el tiempo y, para colmo, está sentado cerca de nosotras.

Él insiste en que Briny se calle por quinta vez y yo lo fulmino con la mirada. Sé que para mi hermana es importante repetirlo tantas veces porque eso la ayudará a no colapsarse cuando sea nuestra exposición, por lo que no le hace ni caso.

En el intercambio va directo hacia mi hermana y, para cuando estoy llegando a su lado desde el otro extremo de la clase, veo que esta ya se ha girado para darle la espalda.

—Solo te estoy diciendo que te calles, no puedo permitirme repetir otra vez o tendré que cambiarme de centro, ¿me escuchas? —Toca a mi hermana por la espalda y yo me llevo las manos a la cabeza avanzando todo lo rápido que puedo hacia ellos.

—¡No me toques! —le grita mi hermana enfadada volviéndose hacia él.

—A mí no me grites, no me grita ni mi madre —le contesta él apoyándose de manera chulesca sobre la mesa de mi hermana.

Cuando llego hasta ellos, inspiro con fuerza y le digo a mi hermana:

—Briny, déjalo, vamos a seguir repasando.

—¡Eso! ¡¡Repasad!! Que sois... —Pero justo antes de que acabe su frase la profesora entra por la puerta y lo fulmina directamente con la mirada.

Él se aleja de nosotras y veo cómo se tambalea a un lado y a otro su sudadera naranja conforme nos da la espalda y se va a su sitio a sentarse. Yo suelto el aire que estaba acumulando y me relajo. Salvadas por poco.

Mi hermana se sienta y vuelve a repetir en bucle su diálogo, esta vez con mucha velocidad y temblándole ligeramente las manos. Cierro los ojos deseando que esto no hubiera pasado y me siento a su lado para ayudarla repitiendo mis frases antes y después de las suyas.

—Buenos días, como sabéis, hoy tenemos las exposiciones. Os pedí que escogierais un diálogo corto de algún clásico de la literatura española que estuviera relacionado con las mujeres y que lo adaptarais al lenguaje actual porque hace un mes fue ocho de marzo. ¡Estoy deseando ver vuestra creatividad!

Seguidamente, pasa lista y empieza a llamar por orden a nuestros compañeros. Pasan muchas parejas explicando qué texto han escogido y realizando su representación. Algunos son realmente divertidos y hasta han venido disfrazados para la ocasión. Me sorprende cómo dos de nuestros compañeros utilizan el teléfono para poner el sonido de WhatsApp y representan una conversación de chat. Sin duda es el más original de todos.

—Ayla Romero y Briny Romero —nos llama la profesora.

Mi hermana me coge de la mano cuando nos levantamos y yo le doy un buen apretón para que esté tranquila. He dejado mi chuleta en la mesa, sin embargo ella sí lleva sus anotaciones. Sus dedos se aferran a mí y tiembla. Yo le sonrío cuando estamos llegando a la pizarra.

La profesora nos indica que podemos empezar y, antes de sentarse en una mesa vacía, pasa sus dedos por mi brazo para darnos ánimos. Ya hablé con ella y le expliqué que a lo mejor incluso en el mismo día de la exposición teníamos que cancelarlo. Por supuesto, lo entendió.

—Hola a todos y a todas... Eh..., hemos escogido un fragmento de *La dama boba* de Lope de Vega. Se trata de una comedia que gira en torno al poder educativo del amor. Finea, la dama a la que alude el título de la obra, es una

joven cuya inteligencia despertará no a través de la educación tradicional, sino cuando conozca el amor —explico yo.

Después miro a mi hermana, que tiene que complementar la explicación. Ella me corresponde nerviosa durante varios segundos y musita casi inteligiblemente:

—Está... ambientada en la... España del siglo XV... No, no, XVI, ¿no? —Me mira con pánico en los ojos.

—Sí, siglo XVI —le respondo sonriente.

—Y... Finea y Nise son hermanas y bueno..., un amor las hará pelear. Vaya.

Después nos miramos y empiezo a recitar la primera parte de nuestra reinterpretación. Hemos adaptado un diálogo que nos ayudó nuestra madre a buscar con un lenguaje actual y dándole un giro para lanzar el mensaje de que hay que amar pero siendo independiente y sin perderte a ti mismo.

—*Enamorarme de este modo me ha hecho ver que hasta las peores bestias sienten amor y todo puede cambiar* —recito yo exageradamente.

Hasta el momento todo ha ido bien. Briny ha leído directamente desde sus anotaciones a pesar de que se lo sabe mejor que yo de memoria pero los nervios le están jugando una mala pasada.

—*Pa... pa bestias las que tú dominas, chiqui.* —Esta última palabra la dice balbuceando a duras penas.

Y, de pronto, la clase comienza a reír sin parar. Yo los miro conteniendo de nuevo el aliento. No, no, no. Se están riendo de la frase de Briny porque es divertida pero, al echar el ojo a la cara de mi hermana, enseguida me doy cuenta de que no está entendiendo por qué se ríen y empieza a mover la cabeza de un lado a otro dejando a todo el mundo sorprendido.

Un silencio se hace en la clase. Briny rompe su papel y lo tira al suelo. Solo se escucha cómo castañea los dientes, así que podéis imaginaos lo fuerte que lo está haciendo. Yo la cojo del brazo y la vuelvo hacia mí. Intento hacer contacto visual pero ella se niega. Pasa un minuto en el que todo el mundo nos mira y siento que somos una atracción de feria.

—Oye, Ayla, tu hermana es retrasada, ¿o qué?

La voz proviene del fondo. Sé que ha sido ese chico cruel que ha estado a punto de decirlo antes de que entrara la profesora.

La clase vuelve a romper a reír.

Briny alza la mirada y se queda petrificada.

No puede ser.

Otra vez no.

Eso es «lo otro». De lo que nunca habla Briny. De lo que no quiere que nadie sepa sobre ella. Empieza a mover la cabeza compulsivamente y a hacer sonidos.

Y yo la agarro del brazo y la saco del aula.

9. De qué es «lo otro»

Salimos por la puerta de clase lentamente, casi tengo que arrastrar a mi hermana que sigue negando con la cabeza y manteniéndose erguida como si quisiera quedarse clavada al suelo. Resuenan risas a nuestras espaldas y la profesora mandándoles callar. Incluso llama al chico que ha insultado a mi hermana.

Me duelen las manos de lo fuerte que aprieto el brazo de Briny y veo cómo las marcas rojas se van quedando en su piel. Ella parece mirarme cuando me doy la vuelta para indicarle que ande por sí misma pero sé que no lo hace. Tiene los ojos perdidos, casi con un matiz de estar deshecha. Y sé que lo está y también que, cuando hemos vivido estas situaciones, o bien Briny no responde, o bien contesta de una manera soez haciéndose la dura. Pero, en el fondo, está afectada y por ahora no puedo encontrarla aunque la esté mirando.

La profesora abre la puerta justo cuando consigo que Briny eche a andar por sí sola y me siga en silencio. Nos mira y antes de que pueda cerrar la puerta tras de sí, el chico que la ha insultado sale detrás de ella y mira a mi hermana en silencio.

—Alejandro, discúlpate con Briny —le exige.

—Lo siento mucho por decir que eres una retrasada. —Noto cómo casi le escupe las palabras y rezo para que esta no le conteste.

Pero lo hace y sus palabras suenan tan frías que me hielan hasta a mí misma que estoy a su lado ya cogiéndola de la mano.

—¡Tú sí que eres retrasado! —le chilla a grito pelado.

Y de nuevo la clase que estaba en silencio detrás de la puerta rompe a reír.

Alejandro parece avergonzado y es por eso que alza el pecho hacia arriba y contesta:

—Al menos no lo soy de verdad como tú.

—¡Tú lo eres! ¡¡Tú!! ¡Podrías tener una vida! ¿No? ¡Y dejarnos en paz a mi hermana y a mí! —le grita ella todavía más fuerte.

Yo los miro, primero a Briny, luego a Alejandro, después a la profesora e inspiro y espiro. Mi hermana no es de las que se quedan calladas. O bien no reacciona, como ha hecho delante de la clase, o bien la enfadas tanto que parece un dragón echando fuego. Lo cierto es que me alegro, estoy orgullosa de ella porque sabe defenderse muy bien solita. Hasta más que yo.

—¡Alejandro, ya basta! A la biblioteca, ahora te voy a escribir un parte grave. ¡Fuera de mi vista!

El chico nos lanza una sonrisa rechulona antes de entrar en la clase y salir de nuevo con su mochila a la espalda y guiñarle un ojo a mi hermana. Esta vuelve a estar en silencio con la mirada perdida y sé que la situación solo ha empeorado. No es la primera vez que vivimos algo así, siempre hay algún alumno que cree

que lo sabe todo sobre ella y aprovecha su diversidad para reírse.

—Lo siento, Briny. ¿Qué puedo hacer por ti?

Mi hermana ni siquiera la mira, por eso soy yo la que le responde:

—Déjanos llamar a mis padres, es lo que ahora mismo necesitamos.

Una de las primeras reglas de la terapeuta: «Cuando haya una situación complicada, habla en plural y frente a ella hazla sentir que estáis juntas».

La profesora nos hace un gesto de asentimiento y, tras lanzar a mi hermana una sonrisa, me indica que entre en la clase para recoger nuestras cosas. Pero lo cierto es que lo último que me apetece ahora mismo es entrar en clase.

Lo hago viendo cómo Briny se aleja, sale del pasillo y me espera en la otra ala del edificio todavía sin cambiar su expresión y, cuando me adentro en el aula, mis compañeros me miran en silencio.

Recojo nuestras cosas lo más rápido que puedo y justo cuando voy a salir por la puerta me doy la vuelta. Siento la obligación de decirles a todos lo que pienso de lo que acaba de pasar y tampoco es la primera vez que hago esto.

—Chicos..., chicas..., lo que acaba de ocurrir es deleznable. Supongo que todos tendréis la misma pregunta que Alejandro, dejad que os la responda: sí, mi hermana es autista y retrasada —suelto con orgullo—. Quizá es algo que nuestra tutora os debería haber dicho antes de que llegáramos. Espero que ahora que lo sabéis, tratéis el tema con delicadeza e intentéis ayudarla. No es gracioso lo que ha ocurrido. Solo os pido que colaboréis con nosotras y la tratéis con normalidad.

La profesora vuelve a asentir con la cabeza y, de pronto, mis compañeros me aplauden y algunos me dan las gracias. Yo salgo del aula contenta, quizá estas situaciones sean necesarias para que entiendan a Briny.

Cuando lo hago, la profesora de Lengua dice algo detrás de mí a mis compañeros y me sigue para quedarse a solas conmigo en la puerta.

—Ayla, siento mucho lo que ha ocurrido. No sé qué puedo hacer por vosotras.

Yo repaso en mi mente a la velocidad de la luz todas las cosas que podría hacer: haberles explicado a mis compañeros quién es mi hermana antes de que llegara, preocuparse de que no la tengan rellenando fichas como si fuera tonta en vez de incluirla con el resto de la clase, haber traído algún taller sobre autismo a sus alumnos, educarlos para que desde el desconocimiento no sean unos monstruos crueles... Pero al final llego a la conclusión de que nada de esto es su culpa ni depende de ella.

—Estaría bien informarles ahora que nos vamos sobre qué es el autismo. Es un espectro muy grande y... Briny también tiene retraso, su mente ahora mismo podríamos decir que es la de una niña de diez años, de ahí sus comportamientos y sus reacciones. Si mis compañeros la conocen, seguro que la entenderán como nosotras —le explico mirando a mi hermana, que me espera a lo lejos sentada moviendo las manos de un lado a otro.

—Vale, sí, gracias por la información. A nosotros tampoco nos contaron muy bien cuál era el espectro de tu hermana, saberlo nos ayuda a manejarlo en clase. Ah, y quería decirte que me estaba gustando mucho vuestra reinterpretación, si queréis podemos repetirla en mi despacho en uno de los recreos.

—Genial, claro —contesto antes de despedirme e ir hacia Briny.

Llego hasta mi hermana, que sigue guardando silencio y sin reaccionar más de lo que ya lo ha hecho, y andamos sin decir nada hasta la sala de profesores del

instituto. Ahí no tenemos mucho que decir, ya saben que a veces Briny y yo necesitamos llamar a nuestros padres y supongo que la profesora les habrá avisado. Me dejan el teléfono fijo y yo llamo a mi madre.

Para cuando llega, estamos esperando en la puerta de salida. Briny sigue sin decir nada y sin mostrar ni una sola emoción. Eso es una mala señal. Todo estaba yendo genial hasta ahora con el cambio de vida, por lo que maldigo el momento en el que ese chico se metió con ella.

—¡Niñas! Briny, sube, vamos a casa. —Mi madre me indica que vuelva a clase.

Yo lo hago, cuando se marchan me doy la vuelta y me dirijo al edificio donde tengo Lengua. Al entrar todos mis compañeros me miran y yo agacho la cabeza, no quiero interrumpir.

Paso las siguientes horas pensando en Briny. Esta tarde tenemos visita con la terapeuta como cada jueves, por lo que al menos tendremos algo nuevo de lo que hablar. Sé que no lo hablará con mi madre, se guarda para sí misma todos sus sentimientos sobre estas situaciones.

A la hora de la salida, un compañero de clase cuyo nombre ni siquiera recuerdo me alcanza en la puerta y me llama.

—Oye, siento mucho lo de tu hermana. Si hay cualquier cosa en la que podamos ayudar, lo haremos —me dice sonriendo.

Al mirar detrás de él descubro que hay cinco chicos más. Son los que se juntan con Alejandro, así que esto es una buena señal.

—Gracias. Bueno, tratarla con normalidad estaría bien.

—Alejandro es un idiota, no creo que fuera realmente consciente de que tu hermana tiene esas... enfermedades. Si no, seguro que no lo habría dicho —me indica otro de ellos, el más alto y corpulento.

—En realidad no es una enfermedad, son dos trastornos que se retroalimentan. Pero si se lo queréis explicar vosotros, ya estaríais ayudando —les indico sonriendo.

—Claro, cuenta con ello —me dice el que ha empezado la conversación.

Seguidamente me despido y ando hacia mi casa.

El camino de tierra cuesta arriba se me hace muy aburrido sin Briny. Y, para cuando llego, lo primero que hago es ir a nuestra habitación y encontrarla sentada cosiendo.

—¿Cómo estás?

—Bien.

Su respuesta me hace entender que quiere estar sola, me marcho y como con mis padres relatándoles todo lo que ha ocurrido. Ellos me escuchan enfadados y yo incluso les cuento lo que me han dicho los chicos de clase en la salida para dejarlos tranquilos, sin embargo, mi madre cuando acabo dice:

—Sabía que esto iba a pasar tarde o temprano. Quiero hablar con el director, estas conductas no se pueden permitir.

—Oh, María, tranquila. Son niños. Y los niños hacen estas cosas. Seguro que lo que ha dicho Ayla les ha ayudado a entender a Briny. Es cuestión de desconocimiento —le contesta mi padre.

Y así acaban discutiendo y, aunque mi padre está más débil que nunca, no puede evitar justificar a mis compañeros de clase. Yo no sé a quién darle la razón, supongo que hay niños buenos y niños malos. Sea como sea quiero tener una vida

lo más tranquila posible en el instituto y justo ahora que he conocido a Lola y a Jose no quiero tener problemas.

A media tarde nos subimos al coche y bajamos la carretera de curvas que nos separa del pueblo donde vivíamos antes. Sé adónde nos dirigimos y mi hermana también, por eso ha empezado a darle vueltas a un cuaderno entre sus manos. Mi madre sube la música y le pregunta a Briny si quiere que ponga alguna canción, ella no responde.

El viaje en coche se me hace eterno, miro por la ventana, veo las nubes perderse entre las montañas, saco mi cuaderno de Inglés y repaso algunos ejercicios. Mi padre tararea una canción desde su asiento de copiloto y mira por la ventana también. Hacía tiempo que no venía con nosotras porque estaba muy cansado del tratamiento, parece que estos últimos días está bastante mejor.

Aparcamos delante de un edificio gris muy viejo y la terapeuta de nuestra familia nos espera en la puerta. Los jueves por la tarde siempre tenemos consulta conjunta. Durante muchos años Briny asistía sola y nosotros tres juntos por otro lado. Ella nos ayudó a entender a mi hermana y también ha conseguido que mi hermana gane muchísima independencia con las rutinas que le marcaba. Fue la terapeuta que les explicó a mis padres qué era el autismo cuando se lo diagnosticaron a mi hermana. Nuestro mayor apoyo y fuente de conocimiento desde el día uno. A ella le debemos mucho de lo que hemos avanzado como familia.

—Chicos, hola. Briny, ¿cómo vas? —le dice después de saludarnos a todos.

Mi hermana, como era de esperar, no contesta y la terapeuta nos indica que pasemos a su consulta. Ha colocado en su sitio la mesa circular donde solemos charlar con ella. Nos sentamos y, viendo que mi hermana no contesta, empiezo a relatar lo ocurrido.

—A veces los niños son crueles con lo que no entienden —añade mi madre.

—Y tú, Briny, ¿cómo te sientes?

Ella alza la mirada y por fin habla diciendo:

—Hum..., enfadada. Es normal, ¿no?

—Claro que es normal —le contesta.

—Odio «lo otro». Odio que sepan qué es «lo otro». Y odio también lo principal. Ojalá no tenerlo y no tener que hablar de esas cosas con la gente.

Y volvemos a charlar sobre el autismo y el retraso como cada vez que venimos a la consulta. Es el único momento en el que mi hermana se abre y podemos hablar de ello.

Una vez a la semana. Pero una vez a la semana es suficiente para ella. Demasiado incluso.

10. De que a veces las flores se marchitan

Los rayos de sol se deslizan por mi piel y descanso en un domingo en el que el calor se hace con la tierra y con nosotros. Estoy sentada en una hamaca de jardín que hemos puesto en la terraza y disfruto del libro que estoy leyendo. Normalmente tengo tantos deberes que no me da tiempo a dejar la mente en blanco y encontrar nuevos lugares dentro de la finca.

Lo cierto es que en estas últimas semanas hemos arreglado muchísimo los árboles y hemos marcado caminos con piedras para cuando vengan visitas. Mis padres están pensando comprar una cabaña de madera y montar un alojamiento rural. No es que necesiten más dinero; aunque mi padre ya no puede ir de gira, sí que sus discos y el *merchandising* le siguen generando el suficiente beneficio como para no tener que preocuparnos. Además, mi madre tiene la suerte de poder trabajar desde casa excepto los días que viaja como hoy. Pero lo hacemos por tener compañía y por darle una nueva tarea a Briny. Ella ha decidido que lo quiere gestionar y está terminando de bordar las sábanas para la futura cabaña.

—Le he propuesto a papá pintar las paredes y decorarla antes de que lleguen los primeros clientes. Eso está guay, ¿no? —me dice mi hermana, que cose a mi lado al sol.

—Pues sí, pero vas a tener mucha tarea, ¿sabes? No solo es prepararla para el primer día, sino limpiarla cada vez que se vayan, poner la colada, recibirlos, despedirlos...

—No me importa. Es divertido —me contesta antes de encender el altavoz que hay a su lado y poner música.

Mis padres confían en que dándole esta nueva tarea a Briny no se aburrirá cuando termine la escuela este curso. Creo que se le dará bien, le gusta decorar y mantener. Y, además, con su don para la costura seguro que se le ocurren ideas maravillosas.

Mi madre se ha ido esta mañana a Barcelona. Como siempre, tuvo que salir cuatro horas antes de su vuelo para llegar al aeropuerto de Málaga. Vuelve en cinco días y tiene un desfile de no sé quién y una sesión de fotos con una modelo muy famosa. Últimamente gestiona cosas de diseñadoras famosas y Briny acumula en la habitación revistas donde se nombra a nuestra madre. María White, la famosa representante que lidera las ventas en alta costura. Algo así como que sus modelos son las más famosas de Europa y las manda de un lado a otro con gente importante. No es que mi hermana y yo hayamos viajado con ella, de hecho nunca. Hemos viajado con mi padre dos o tres veces, sobre todo en los últimos años, cuando ya éramos mayores y estuvimos en su última gira acompañándolo en las dos ciudades con las que cerraba para siempre su etapa de gloria.

Después de una hora leyendo tengo que dejar de hacerlo porque mi hermana ha terminado bailando mientras canta a grito pelado las canciones que suenan. Ha llegado un momento en el que se le ha unido Little Fella, que ladra y salta a su lado hasta que se queda exhausto. Sin embargo, Briny no se rinde y se deja llevar por la música. Baila muy bien, estuvo tres años recibiendo clases de una profesora de la zona porque descubrimos que no solo se conecta con la naturaleza de forma especial sino también con la música y los trabajos manuales.

—¡Menuda fiesta hay aquí montada! —exclama nuestro padre saliendo a la terraza.

—Bueno, es fin de semana —responde ella después de apagar la música.

—¿Os apetece dar un paseo, chicas?

Las dos asentimos con la cabeza emocionadas. Hace mucho que papá no propone dar paseos, sé que es por el cansancio del tratamiento. Antes, los dábamos los tres día sí y día también. Formaba parte de nuestra rutina como familia. Lo he echado de menos.

Mi hermana dobla y guarda las sábanas y se va a nuestra habitación a prepararse. Yo aparto la novela y miro a mi padre sonriente. Está envejecido, sobre todo porque la gorra no se la quita jamás delante de mi hermana y quizá el hecho de que no tenga cabello lo hace parecer mayor. Además, sus ojos están cansados y ya no son tan brillantes como antes.

—¿Cómo ves a tu hermana en el instituto? Necesitamos que aguante hasta final de curso.

Yo guardo silencio durante unos segundos y después respondo:

—Bien. Ya sabes que Briny no suele mostrar cómo se siente. Si está afectada, no lo sabremos. Aunque esta semana ha servido para calmar los ánimos porque expulsaron a ese chico idiota. La clase parece estar comprometida con ella, así que guay.

Antes de que mi padre pueda responderme, Briny sale por la puerta sonriente y se coloca su gorro de paja antes de hacernos una mueca con la cara que nos saca un par de carcajadas. Después llamamos a su perro y salimos de la finca.

Es la primera vez que paseamos por aquí, antes íbamos al barranco al lado de casa que ya conocíamos como la palma de nuestras manos. Ahora es todo nuevo. Sin embargo, el terreno es bastante similar.

Bajamos una pendiente inclinada y avanzamos por un camino de tierra, a nuestra derecha queda la pared interna del barranco que está cubierta por arena, y a la izquierda, un buen trecho verde con unas increíbles vistas por el que podemos caminar. Desde aquí, además de ver algunos pueblos a lo lejos de La Alpujarra, también tenemos unas vistas privilegiadas del embalse que da agua a gran parte de Granada. El agua se ve azul verdosa y brilla con el sol. Está rodeado por las altas montañas sobre las que nos encontramos y el verde se extiende a su lado. A nuestro alrededor y hasta donde llega mi vista, la tierra está cubierta por un mar rojo de amapolas que brillan con la luz del sol que ya decae lentamente.

—Y con Marcos, ¿cómo va la comunicación? —pregunta mi padre a mi hermana.

—Bien. Muy bien. Le contesté a la carta. Mamá me ayudó a escribirla. Pienso que tengo que empezar a escribir sola, ¿sabes? Todo el mundo necesita

privacidad. ¿No crees?

Casi se me olvida a veces que Briny no redacta muy bien. Mezcla vocales y consonantes, por lo visto tiene que ver con su diversidad. Eso hace que redactar cartas no sea su parte favorita de la comunicación que mantiene con Marcos.

—Podríais hacer un Skype —le propongo.

—¿Qué es *spye*? —me dice ella frunciendo el ceño.

—Es una aplicación del ordenador que te permite mantener llamadas con vídeo en directo con cualquier persona no importa dónde esté en el mundo.

—¡¿Qué?! —exclama avergonzada mientras sus mejillas se tornan rojizas—. ¡No! ¡Qué vergüenza!

Mi padre se echa a reír y después de guiñarle un ojo, le dice:

—En las fotos todos parecemos muy guapos pero luego... ¿quién sabe?

—No, no le voy a gustar.

—¿Cómo puedes saber eso? —Camino intentando mantener el ritmo de ambos. Briny es la que va delante con Fella marcándolo y el camino se hace cada vez más abrupto y desigual. A veces noto cómo los pies se me resbalan y se me hunden en agujeros que están tapados por arbustos.

—Porque no le voy a gustar. Yo no soy guapa como tú —me contesta dándome la espalda y sin querer mirarme.

—Tú eres guapísima, ¿qué dices? Y además, por muy guapa que seas no es suficiente con eso. Hay que ser guapa también por dentro. Y tú lo eres —le digo segura de mí misma. Briny es insegura casi por naturaleza, nunca se ha visto como la vemos los demás y con esto es realmente cabezona.

—Eso lo dices porque eres mi hermana —contesta muy bajito y con voz triste.

—Yo estoy seguro de que le vas a encantar, cariño —añade nuestro padre.

—No sé —y vuelve a sonar nerviosa y tímida. Yo me río por detrás y me abalanzo sobre ella, pasando a mi padre en un segundo.

—Yo sí que lo sé —le digo antes de recorrer mis dedos por su abdomen provocándole un ataque de risa.

Después seguimos andando durante un rato hasta que llegamos a lo que parece el final del camino. Todo a nuestro alrededor llega al final del barranco y si nos asomamos solo queda una bajada en pendiente hasta el valle.

Vislumbro a lo lejos pequeñas casas de colores. Son yurtas y lo sé porque las he visto muy de cerca. Son viviendas que usaban los nómadas y que la comunidad jipi que hay bajo el barranco construyó hace años. Algunas son de paja y lonas de lana, otras de madera y otras tienen sus estructuras cubiertas de gruesas telas de colores y estampados. Aunque desde aquí solo podemos vislumbrar los tipis de colores. Resuena el rebuzno de los burros, que suben haciendo eco hasta donde estamos. También resuenan los cencerros de las cabras y ovejas.

—Beneficio —susurra mi hermana.

Así se llama esa comunidad, o al menos así la conocemos. Tenemos algunos compañeros de clase que vienen de Beneficio y se han criado ahí. De hecho mi madre tiene una amiga inglesa que es una famosa cineasta que decidió dejar su vida en Hollywood y criar a sus hijos en Beneficio. Es un sitio interesante, cuando vivíamos en el otro pueblo fuimos en algunas ocasiones a ver a nuestros amigos de ahí y a echar el día con ellos.

—Yo le propuse a vuestra madre mudarnos a Beneficio cuando vinimos a la montaña pero ella se negó en banda —nos cuenta nuestro padre.

No me extraña, no me imagino a mi madre viviendo allí. Es lo último que iría con ella y dudo que se adaptara a una vida tan sencilla y austera. Aunque tampoco es de extrañar que ese fuera el plan de vida de mi padre, un músico jipi viviendo en una yurta de lo que le da la naturaleza en comunidad. Suena muy clásico.

Al rato reanudamos el camino de vuelta a casa y dejo que vayan por delante de mí. Escucho los pájaros moverse entre los árboles y Little Fella se queda conmigo atrás.

De pronto me tropiezo con una piedra gigante y caigo de bruces al suelo. Al incorporarme veo que me he fastidiado una rodilla. Mis mallas se han desgarrado y tengo unos arañazos recién hechos. No es la primera vez ni será la última. Sin duda soy la más torpe de las dos. Mi padre y mi hermana no me han escuchado porque ya los he perdido de vista. Busco una fuente que he visto al pasar. Hay agua saliendo de las rocas de la pared que queda a mi izquierda, me apoyo en la pared rocosa y dejo que el agua caiga sobre mi rodilla.

Tras limpiar la herida y ver que no es nada alarmante, vuelvo a echar a andar con Fella a mi lado. Durante unos minutos paseo viendo cómo el sol se pone a mi derecha y el atardecer se hace paso. El cielo ya se torna entre naranja y rosa y está precioso, el color es realmente espectacular. Admiro también los castaños, robles, cerezos y hasta las zarzamoras que rodean el camino. La naturaleza aquí es salvaje y puedo respirar el olor de los manzanos que me rodean.

Fella sale corriendo y desaparece al tomar la curva que tengo a lo lejos. Está ladrando fuertemente donde ya mi vista no lo alcanza. Ando hacia el lugar desde donde provienen sus ladridos y, al girar la curva, encuentro a mi hermana sentada en el suelo cogiendo flores y jugando con lo que parecen piedras.

Al llegar a ella busco a mi padre pero no lo encuentro por ninguna parte.

—Briny, ¿y papá?

—Hum..., durmiendo —me dice mirándome.

Me quedo paralizada. ¿Durmiendo? ¿Qué quiere decir con eso?

—¿Cómo que está durmiendo? ¿Dónde está papá?

Ella sigue jugando con las piedras y las flores que acaba de coger y no responde. Me agacho a su lado y coloco mis manos sobre sus hombros.

—¡Briny! ¡Por favor! ¿Dónde está papá?

—Ven —me contesta.

Luego, se levanta y se acerca hacia donde Fella está ladrando.

Me quedo fría cuando descubro a mi padre. No puede ser. Se ha desmayado, probablemente se ha dado un fuerte golpe en la cabeza. Su cuerpo está tendido en el suelo.

—¡Papá no está durmiendo! ¡Briny!

Ella me mira extrañada y contesta haciendo una mueca:

—¿Qué le pasa?

—Se ha desmayado.

11. De la ausencia y la molestia

Todo ocurrió más rápido de lo que hubiera imaginado. Briny, a pesar de su silencio y su falta de entendimiento, me vio muy agobiada y me ayudó a llevar a papá en brazos hasta la finca. Quizá será por su pérdida de peso debido a la enfermedad o que sencillamente me subía la adrenalina por el cuerpo, pero sentí que llevábamos entre ambas una cerilla que casi volaba sola en el aire. Recuerdo cómo mi hermana frenaba sus pasos y se quejaba preguntando por qué sencillamente no despertábamos a papá. Yo no podía contestar, sentía cómo mi corazón latía a mil por hora y, ante el desconocimiento, creí que estábamos haciendo una carrera contrarreloj.

Llegamos a la finca casi sin aire en los pulmones, alcancé mi teléfono, con dedos temblorosos fui capaz de teclear «112» y medio a gritos balbuceé la situación de mi padre. Briny me miraba extrañada y seguía cosiendo en la mesa frente al cuerpo de mi padre inconsciente sobre el sofá. Cada vez que la miraba notaba cómo me ardía la sangre. Yo tenía que estar preocupada, casi sin poder respirar y, sin embargo, mi hermana no entendía nada de lo que estaba pasando y ni siquiera estaba mínimamente afectada. A veces miraba a papá, le llamaba como si fuera a despertarse y, al ver que no lo hacía, seguía cosiendo tranquilamente.

Llegó la ambulancia, tardaron en subir el camino de tierra y rocas que llegaba hasta nuestra puerta. Fue la peor espera. Me mordí las uñas, le grité a mi hermana que dejara de coser como si nada. Seguidamente, tras arrepentirme y pedirle disculpas, le tomé el pulso una vez tras otra a mi padre y recibí a los médicos en la puerta hecha un mar de lágrimas y desesperada. Uno de ellos se quedó con nosotras, nos preguntó qué había ocurrido y mi mirada no se apartaba de mi padre y de lo que le hacían. Parecían buenas señales las que dieron tras medirle el pulso y hacer más cosas que no era capaz de entender.

Nos subieron a su lado en la ambulancia. La sirena sonó cada cierto tiempo, supongo que cuando cruzábamos Lanjarón y en la autopista. Íbamos directos a Granada, no podían atenderle con cáncer en Órgiva. Preguntaron por mamá. Llegamos al hospital y se lo llevaron dejándonos en la sala de espera.

Han pasado dos horas y ya nos han dicho que está estable y que ha sido por los efectos secundarios de la quimioterapia. Al parecer, a causa de las náuseas y vómitos que habrá tenido estas últimas semanas, ha comido tan poco que ha sufrido una bajada de glucosa (o algo así pero tampoco es que yo entienda mucho de estas cosas). Por suerte solo fue un susto aunque me han insistido en que hice lo correcto llamando a la ambulancia. Ya ha llegado mi abuelo, que vive en un pueblo cerca de la ciudad y está sentado con nosotras esperando las últimas noticias para subirnos a la finca y quedarse con nosotras.

Llamo a mi madre, no lo he hecho hasta ahora porque no quería agobiarla

teniendo en cuenta que está en Barcelona y siendo la una de la madrugada no va a poder llegar mínimo hasta mañana. Al menos ya puedo tranquilizarla.

—¿Ayla? ¿Ha pasado algo? —Me imagino que no es normal que tu hija te llame de madrugada.

—Sí. Pero tranquila, ya está todo solucionado. Papá se ha desmayado y... —le cuento el transcurso de las últimas cinco horas.

Briny, a mi lado, se ha quedado medio dormida entre dos sillas. Ha estado estas horas molesta y sé que deseando volver a casa. Lo sé no porque ella me lo diga sino porque sus respuestas son escuetas y casi inexistentes cuando le hablo.

—Dios mío, Ayla, siento muchísimo no estar ahí. Mañana cogeré el primer vuelo. ¿Estáis bien? ¿Dónde vais a pasar la noche?

—El abuelo viene con nosotras a casa porque mañana hay clase. No te preocupes. Estamos todos bien.

—¿Y tu hermana?

Le dirijo otra mirada y tras suspirar contesto:

—Todo en orden, parece que se ha quedado frita.

—Cariño, sé que es difícil. Tu hermana no puede entender nada de lo que ha ocurrido y por mucho que se lo expliques dudo que lo haga. Papá y yo intentamos decírselo hace poco y ella ni siquiera entiende qué es la muerte. Es normal que pensara que estaba dormido. No la machaques. Tampoco te machaques a ti misma. Hacéis lo que podéis.

Durante un rato seguimos conversando, su voz me tranquiliza. Me gustaría que estuviera aquí con nosotras. Ni siquiera podemos pasar una noche solas. Se me hace difícil afrontar esto sin mis padres y con Briny viviendo en una galaxia totalmente diferente a la nuestra. A veces desearía que fuera como yo.

Cuando nos despedimos, ya mi abuelo ha hablado con la enfermera, que le ha confirmado que le harán más pruebas mañana y que si todo está en orden podrá volver a casa. Por lo visto se ha despertado pero ha pedido que le dejemos descansar. Sé que lo hace porque no quiere que le veamos tan débil pero me gustaría entrar en su habitación y estar con él.

La vuelta a la finca, que dura más de una hora, se me hace eterna. A veces se me cierran los ojos y tengo que obligarme a mantenerme despierta y hablar con mi abuelo. Se llama Florencio, un nombre con fuerza. Él también tiene mucha fuerza. Es el único abuelo que nos queda vivo y sube casi todas las semanas a comer con nosotros. Le hemos propuesto en repetidas ocasiones que se mudara a la finca pero él nunca ha aceptado, le gusta la casa donde guarda los recuerdos de mi abuela.

Al llegar a casa, le indico a mi abuelo que duerma en la habitación de mis padres y después espero a que Briny termine de lavarse los dientes para hacer lo mismo.

—¿Vas a echarte la crema? —le pregunto.

Su reflejo en el espejo me devuelve una mirada de duda arqueando las cejas y después responde casi en un gruñido:

—No.

—Briny..., tienes que echarte la crema. Si no lo haces el tratamiento no servirá para nada. —Sueno igual que mi madre.

—Lo odio.

Yo chasqueo la lengua y después busco la crema en el mueble del baño. Mi madre y ella están probando un tratamiento nuevo para su acné. Le reseca muchísimo la cara y por eso Briny lo odia. Ahora mismo está en el momento en el que sus mejillas son solo piel seca pero es tan impaciente que no quiere esperar a ver los resultados.

—Venga, póntela —le insisto tendiéndole el bote.

—¡Que no! —grita antes de salir dando un portazo.

Yo suspiro y me miro en el espejo. Mi pelo, que me llega a los hombros, está sucio y tengo los ojos hundidos del cansancio. A veces me siento demasiado mayor para la edad que tengo. Después de reflexionar un rato, salgo también del baño y me dirijo a nuestra habitación.

Mi hermana ya está en la cama con la luz apagada. Yo me deslizo entre mis sábanas, notando el algodón frío rozar mi piel y cierro los ojos. Ha sido un día demasiado largo.

—Necesito que papá cierre bien la cama —dice ella de pronto cuando casi me he quedado dormida.

—Ejem..., Briny, papá no puede remeterte las sábanas ahora.

—Quiero que papá lo haga —insiste ella con voz molesta.

Me incorporo y enciendo la luz de la mesa de noche. Después rodeo su cama y remeto las sábanas de los pies antes de volver a meterme en la mía.

—Listo —susurro.

—No. Necesito que papá lo haga. Tú no lo haces igual.

Suspiro agotada. Mi hermana funciona según unas rutinas. Su rutina para poder dormir es que mi padre entra cada noche, le remete las sábanas y le da un beso antes de marcharse. Cuando se iba de viaje le decía a Briny que durmiera con mi madre porque él ya había dejado las sábanas preparadas. Luego las llamaba por teléfono antes de dormir y le mandaba el beso a distancia. Esta es la primera vez en toda su vida que papá no ha dejado los cabos atados.

—Papá no puede hacerlo, Briny, está ingresado en el hospital.

—No quiero que esté en el hospital, quiero que esté aquí y que meta las sábanas —susurra todavía más molesta.

—Está malito, tiene que estar en el hospital.

—Me da igual que esté malito.

Después de escucharla, apago la luz, me doy la vuelta y olvido sus palabras. Sé que no entiende la gravedad del asunto y ahora mismo estoy demasiado cansada como para lidiar con ella.

12. De las primeras mimbres de un nuevo comienzo

Desde que ocurrió el incidente con Alejandro, hace ya una semana, hemos vuelto rápidamente a la normalidad en el instituto y en casa. Por un lado, Alejandro volvió de la expulsión de tres días y lo cambiaron de sitio para que no estuviera cerca de nosotras en clase. Briny no lo ha olvidado y si algo he aprendido de mi hermana es que es tan rencorosa como yo, así que dudo que olvide el incidente en poco tiempo. Además, es de armas tomar y no sería yo quien me metiera con ella porque sé que no se corta un pelo en responder.

Mientras resuelven un ejercicio de Latín en la pizarra, dibujo en mi cuaderno un árbol y mi mente se evade. Mamá volvió de Barcelona al día siguiente de que mi padre se desmayara y el abuelo se quedó unos días para ayudarnos con la finca. Hoy le dan el alta a mi padre y estoy deseando verlo. Aunque solo fue un susto, prefirieron mantenerlo en observación para asegurarse de que no era nada grave. Nuestra madre ha estado bajando todas las mañanas después de que nos fuéramos al instituto para estar un rato con papá. Sé que está ya cansada de coger el coche cada día y que en el fondo la situación la ha sobrepasado porque le ha hecho darse aún más cuenta del estado de mi padre.

Ayudo a Briny con su ficha de la primera declinación. Está aburrida y no me extraña, su paso por el instituto siempre ha consistido en rellenar fichas inútiles y hacer lo que le mandaban los profesores. A veces desearía que todos los institutos tuvieran un programa de adaptación de verdad y que Briny se sintiera parte de la educación que recibe. Pero aquí, tras pasar por un colegio rural primero en el que ni siquiera había suficientes niños como para tener un curso como en los colegios normales, y después por dos institutos en los que solo hay una línea por curso y un profesorado reducido, no ha habido muchas posibilidades para tener una adaptación curricular como nos hubiera gustado a todos.

En el recreo, Briny y yo nos sentamos en el banco de siempre y pronto llega Lola, que saca su bocadillo y se coloca entre nosotras con una sonrisa.

—Queda tan poco de instituto que no veo el día de salir de aquí —comenta Lola después de charlar un rato conmigo.

—¿Qué vas a hacer después?

—Creo que un grado medio de jardinería. Me gustaría quedarme trabajando en la finca que tiene mi familia —nos cuenta a ambas.

Sin embargo, mi hermana no le presta atención. Está observando cómo los chicos juegan al fútbol.

—Es una opción guay, yo en cambio estudiaré algo de literatura en la universidad.

—¿Y Briny? —le pregunta directamente a ella, que la mira sorprendida.

—Hum..., no sé. Me gusta coser. Voy a llevar una cabaña de turismo en casa, ¿no, Ayla? —me apela ella.

—Sí. Mis padres van a montar una cabaña turística en la finca con una aplicación y lo va a gestionar Briny —respondo emocionada.

—¡Eso es genial! Qué guay.

Charlamos durante un rato sobre el proyecto turístico de Briny y mis padres. Lola parece maravillada con el hecho de que Briny pueda gestionarlo. Yo estoy convencida de que motivará a mi hermana y le hará ganar independencia. Además, todo lo que se genere se lo quedará ella y también sé que le motiva mucho.

Antes de que toque la sirena, veo cómo Jose se acerca a nosotras. Lleva unos vaqueros que le quedan como un guante y una camiseta negra ajustada. Está guapísimo. Lola pone los ojos en blanco cuando se da cuenta de que se aproxima a nosotras.

—Hola, chicas, Ayla. —Me sonríe.

—¿Qué pasa, primo?

—Quería proponerle una cosilla a Ayla —dice mirándome a mí directamente —. Ya que me he dado cuenta de que no te gusta demasiado salir, ¿te apetecería venir a cenar a casa?

Mi hermana me mira sonriendo y antes de que me dé tiempo a contestar, dice:

—¡Sí! ¡Quiere!

Jose se ríe y yo la fulmino con la mirada antes de responder:

—Guay. ¿Cuándo?

—¿Mañana?

Entonces suena la sirena para volver a clase y yo asiento con la cabeza antes de marcharme con Briny. ¿Cenar en su casa? ¿Con sus padres? No sé si es el mejor plan del mundo pero es hora de comportarme como el resto de chicas de mi edad. Al final siempre puedo estar cenando con sus padres como cualquier otra amiga y no lo veo como un acto de compromiso. Ni siquiera nos conocemos, aunque es evidente que él quiere conocerme y no va a dejar de intentarlo.

Las clases pasan tan lentas como las horas previas al recreo e intento distraerme con cualquier cosa. Incluso adelanto deberes de asignaturas que llevo atrasadas en las explicaciones que me aburren y en las clases que se me dan lo suficientemente bien como para no tener que prestar atención.

Cuando llegamos a casa, Briny se mete en nuestra habitación con Fella y se lleva su plato de comida. Suele hacerlo todos los días, supongo que necesita espacio y le gusta procesar la mañana. Tanto ajetreo y estímulos suelen agotarla.

Echamos la tarde cuidando la finca y haciendo deberes juntas. Nuestra madre se fue después de comer de nuevo y nos pidió que nos encargáramos de las tareas diarias. Llevamos haciéndolo desde que papá se quedó ingresado en el hospital. No tengo mucha información pero no es difícil adivinar que habrán visto algo más que una bajada de glucosa.

—Las gallinas —me indica mi hermana.

De nuevo, entramos en el gallinero y cuando me acerco a los huevos, espanto a las tres gallinas que estaban durmiendo en su lugar habitual. Briny se agacha y les echa maíz, incluso veo por el rabillo del ojo cómo una de ellas se deja acariciar por mi hermana. Yo guardo los huevos en la cesta de mimbre con la mala suerte de que uno de ellos se me resbala de las manos y se esparce por el suelo.

—¡Esos no! —exclama mi hermana cuando ve que he ido a meter la mano casi debajo de la única gallina que no se ha movivo desde que hemos entrado.

—¿Por qué?

—Lo está incubando, ¿no? —me indica ella.

—¡Ay! ¡Es verdad! —exclamo horrorizada. No sé cómo se me pasan estos detalles por alto con todo el tiempo que llevo viviendo entre animales.

La gallina que está incubando huevos no se ha movido ni siquiera cuando acercaba mis manos a ella. Es negra y pequeña. Una gallina americana, son famosas por su tamaño y por su capacidad para incubar huevos. Es curioso que hasta incuba los huevos de gallinas que ni siquiera son de su raza. De hecho creo que está incubando los huevos de una gallina andaluza (que son espectacularmente grandes y bonitas, pero ponen muy pocos huevos en estaciones específicas del año).

Volvemos a casa con el botín en las manos y mi hermana toma prestada la tableta de mi madre. Yo me siento a leer y estamos un rato en silencio. De pronto, Fella empieza a ladrar mirando la puerta principal de casa y, para cuando queremos darnos cuenta de lo que ocurre, vemos a papá entrar sonriente.

—¡Papá! —exclama Briny contenta. Prácticamente en un segundo le ha cambiado la cara que llevaba teniendo desde que papá se desmayó. Esta semana ha estado molesta y durmiendo mal por su ausencia.

—¡Mis mellizas! —responde él también alegre.

Briny lo abraza con fuerza y después lo hago yo. También lo he echado muchísimo de menos y nada ha sido igual sin su presencia en casa.

Después de media hora conversando con nuestros padres en la terraza, Briny se disculpa y entra en casa. Vuelve con la tableta de mamá y yo la miro esperando a que nos cuente qué se trae entre manos.

—Ha escrito otra vez Marcos. Dice que sí a hacer lo de hablar viéndonos con el ordenador. Es guay, ¿verdad? —pregunta sonriendo.

—Sí, va a ser muy guay —respondo yo.

—¿Sabes lo que me parece incluso más guay? —dice nuestro padre con una mirada de travieso.

—¡¿Qué?! —exclama Briny casi gritando.

—Preparar una excursión a Granada para conocer a este chico tan interesante.

La cara de mi hermana pasa de la sorpresa casi al terror. Enseguida se pone colorada y empieza a tocarse nerviosa el pelo. Yo me río y digo que sí una y otra vez esperando a que Briny diga algo. Pero creo que lo procesa durante unos minutos en los que mi madre se suma a mi emoción e insiste en que es la mejor idea del mundo.

—No..., ¡qué vergüenza! —dice con una risilla nerviosa—. Seguro que no le gusto. ¿No? No. No va a querer ser mi novio. Y va a decir que no. ¿No? —Continúa durante un rato con su retahíla incoherente que denota su nerviosismo y nosotras la dejamos desahogarse.

—Pero ¿tú quieres ser su novia? Además, ¿por qué no vas a gustarle? —Volvemos a una conversación que se ha repetido en las últimas semanas constantemente.

—Nadie quiere ser mi novio —contesta ella.

—Eso es porque tú no has querido que nadie sea tu novio —argumenta mi

madre cogiéndola de las manos.

—Mejor si primero habláis por Skype y de esta forma veis si conectáis. Si eso va bien, sería genial quedar con Marcos en Granada y conocerlo. Y ya veremos si a ti te gusta —le propongo yo.

—Me parece una idea maravillosa —cierra mi padre la conversación con una sonrisa.

13. De que a veces las personas no son como parecen

Durante media hora no dejo de cambiarme de ropa. Primero informal, me miro, demasiado informal. Segundo, formal, parece que voy a una entrevista de trabajo. Seguidamente, un vestido rojo, a lo que Briny añade que si tengo una boda a las nueve de la noche. Finalmente me decanto por unos vaqueros, las botas de montaña y una camisa amarilla de mi hermana con flecos blancos. El siguiente problema es mi pelo, lo aliso y cae como un manto muerto alrededor de mi cara. Mi hermana me hace dos trenzas y me deja un mechón a un lado suelto. Me gusta más. Es mi madre la que me deja un pintalabios muy bonito y mi padre el que se ríe cuando me ve aparecer por el salón.

Negar que estoy nerviosa sería ridículo, nunca he ido a cenar con ningún chico y mucho menos con él y su familia. Ni siquiera sé si él me gusta pero siento una presión muy fuerte sobre los hombros y no quiero decepcionarlos. Después de recibir las risas de mi padre, preparo una pequeña mochila y vuelvo a mirarme en el espejo. Hace mucho tiempo que no me arreglo así, creo que desde el último concierto de papá en Berlín. De hecho jamás me había puesto esta camisa de Briny, es mi hermana la que se arregla de las dos.

—¿Volverás tarde? —me pregunta ella entrando en la habitación y viéndome dar vueltas como un pato mareado.

—No creo... Tengo que subir luego andando a casa y no quiero estar cansada para ir a clase mañana —le contesto retocándome el pintalabios.

—No vuelvas tarde —dice con voz baja.

—No, Briny, no te preocupes.

—Al final vas a tener novio antes que yo.

Se cruza de brazos y observo su reflejo detrás de mí en el espejo. Mira hacia otro lado y hasta soy capaz de oler que está molesta desde donde estoy. Mi hermana es más transparente que un vaso de agua.

—No creo.

—Sí. Tú eres guapa. Y no tienes esto —dice señalándose a sí misma.

Me vuelvo y la tomo de la barbilla para que me mire a los ojos.

—Tú también eres muy guapa y no tienes nada del otro mundo.

—Dejarás de hacer cosas conmigo, ¿no? Cuando tengas novio, digo. Es normal, ¿no? Cuando tienes novio ves a tu novio y no a tus amigas —argumenta ella.

—Estás celosa.

—No —responde cortante.

—Venga, Briny, a ver si vas a ser tú la que dejes de verme a mí si te echas novio. Que te aseguro que estás más cerca que yo.

Ella termina sonriendo y me retoca las trenzas. Después me acompaña a la puerta de casa con mamá y se despiden de mí. Yo me alejo sintiendo cómo los nervios se apoderan de mi cuerpo.

Seguro que todas las chicas de mi edad ya han tenido novio y la gran mayoría han pasado por estas cosas cuando eran más pequeñas que yo. Jose es guapo y simpático pero no sé si me interesa tener novio, nunca he tenido ganas de buscar uno y menos cuando tengo que centrarme en conseguir el futuro que quiero y mi familia requiere tanto trabajo. Ni siquiera sé si merece la pena tener problemas, porque seguro que tener novio es tener problemas.

Recorro el camino de tierra y rocas de cada día y la brisa de la noche en la montaña me obliga a ponerme la rebeca que he traído conmigo. Cuando veo las luces del pueblo a lo lejos, bajo el ritmo de la caminata; cuanto más me acerco, menos ganas tengo de llegar. Jose me ha mandado la ubicación de su casa y está a tres minutos.

Observo su porche, vive en una de las casas blancas de piedra y argamasa pintadas con cal y por su calle baja la acequia más famosa del pueblo. Suspiro mirando el portón de madera y vislumbro las luces del salón encendidas. Llamo al timbre removiendo nerviosa uno de mis bolsillos donde hay tierra de la finca y me muerdo el labio cuando Jose me recibe con una sonrisa.

Los primeros minutos son los peores, sus padres me dan dos besos y conozco a su hermana mayor, que está estudiando en la universidad y ha venido unos días de visita. El salón es amplio, decorado con estanterías llenas de películas y fotografías enmarcadas. Los techos son altos como en las casas antiguas y las entradas de las habitaciones son en forma de arco y sin puertas. Parece que han mantenido la estructura original de la casa.

La cena ya está en la mesa cuando nos sentamos, han hecho cordero y una ensalada enorme. Jose se sienta frente a mí dejándome al lado de su hermana y me guiña un ojo antes de empezar a comer.

—Bueno, Ayla, si te soy sincera, no pasan muchas chicas de tu edad por esta mesa. Nos ha contado Jose que llegaste hace poco al pueblo, ¿de dónde venís? —Su madre es rubia, no sé a quién sale su hijo. Tiene un pelo rizado precioso y los ojos claros. Su hermana es igual que su madre con veinte años menos.

—Pues..., bueno, vivíamos... —y le cuento de dónde venimos, qué hacemos aquí y cómo es la nueva finca.

—He leído por ahí que tu padre es Jaime Romero, guau, me encantaba cuando era más joven —me interrumpe el padre de Jose.

—Sí. Ya hace tiempo que no toca —contesto sintiendo cómo vuelve sobre mí la pena por el estado de mi padre.

—¿Y eso? Si no es mucho preguntar —dice su madre.

—Está enfermo..., tiene cáncer —contesto sencillamente.

—Lo siento muchísimo —me contesta ella tendiéndome su mano desde el otro lado de la mesa. Le respondo el gesto y, a continuación, me centro en la comida.

—¿Y qué hace un músico famoso viviendo en mitad de la nada? —me pregunta Jose.

—Mi padre perteneció al movimiento jipi cuando tenía nuestra edad. Su música de hecho tiene gran influencia de él. Mi madre... por otro lado no tiene mucho en común con la naturaleza, pero sucumbió a los deseos de mi padre cuando mi hermana habló por primera vez —cuento orgullosa y recuperando la sonrisa.

Los padres de Jose intercambian miradas entre ellos y yo espero una respuesta

que tarda en llegar y hace que se enrarezca el ambiente.

—Nos ha dicho Jose que tu hermana es autista, ¿verdad? Y que tiene retraso.

—Sí, así es. Habló por primera vez ya mayor cuando estuvimos de vacaciones en la montaña, por eso fue tan importante la mudanza.

—Y... ¿no crees que en su estado sería mejor para ella vivir en una ciudad donde hay asociaciones y gente que la puede ayudar? —me pregunta Jose.

Yo lo miro extrañada y respondo rápido:

—No. Cada caso es diferente, Briny es feliz aquí y tiene todo lo que necesita. —Diría que he sonado muy a la defensiva.

—Sí, Ayla, pero me parece que lo que Jose intenta decir es que conforme crezca necesitará no estar... tan aislada —se entromete su madre.

—Mi hermana no está aislada —me defiendo ya notablemente molesta.

—No sé..., tú lo sabrás mejor pero a mi parecer una chica con eso no debería estar arriba de una montaña —me contesta Jose comiendo tranquilamente.

Al final cambio de conversación y evito las preguntas sobre Briny. Se suponía que esta noche iba sobre mí, sobre quién soy y si me gusta Jose. Pero cuanto más alargamos la cena menos me siento parte de la ella y menos me gusta el chico en cuestión. Después de rechazar la literatura como una buena opción universitaria, con sus padres apoyando un discurso emprendedor y sin entender mi pasión por la lectura, de llamarme friki por pasarme las tardes leyendo en la finca en vez de bajar al pueblo y de insistir en que he sido una chica difícil para él, llega un momento en el que yo misma concluyo que hubiera estado mejor cenar en casa.

—Además, una chica tan guapa como tú podría hasta ser modelo —dice él.

—Me gusta más cultivarme —respondo.

Admito que no doy el perfil de una chica de mi edad y que cualquiera desearía hacer otra cosa en vez de leer y aprender. A mí me gusta ver documentales, intentar hacer trabajos manuales y leer antes que irme de fiesta.

—Eres una chica interesante, eso sin duda —dice su padre riéndose.

—Yo quiero estudiar administración de empresas y conseguir ser atleta de élite pero para eso hay que tener mucha suerte —añade Jose.

Deporte. Empresas. Cuestionar las elecciones de mis padres. Bla, bla, bla.

Es un buen resumen de una cena catastrófica.

14. De un último cumpleaños

Después de aquella noche que se podría caracterizar perfectamente como decepcionante, volví a casa y me desahogué con mi hermana, que insistió en que llegaría el chico adecuado. Luego, volvimos a la normalidad, el instituto y la finca. Lo cierto es que en el instituto no me he relacionado de nuevo con Jose más de lo que ya lo hacía antes.

Si hay algo que acabo de descubrir que odio es que nos cuestionen y que no respeten las decisiones de mi familia. Ya lo que nos faltaría sería mudarnos a una ciudad solo porque una familia que jamás ha lidiado con un caso como el de mi hermana lo proponga.

Paseo por la finca bajo la luz de la luna, ya ha anochecido y escucho el sonido de los búhos. Puedo oler la primavera que se está asentando con fuerza y me siento bajo un árbol, cerca de la zona que estamos preparando para colocar la cabaña de madera. Las estrellas brillan con fuerza, el mejor sitio para verlas es desde aquí arriba en la montaña. Es curioso porque a veces hasta llueve en el pueblo pero no en la finca porque las nubes se quedan justo debajo.

Escucho pasos acercándose a mí y, cuando me doy la vuelta, veo a mi hermana con una linterna entre las manos abriéndose paso entre la maleza. Aún no hemos llegado a arreglar la frondosidad de esta zona porque parece que los antiguos inquilinos se fueron hace tiempo y nadie mantuvo el campo como debería.

—Casi está la cena, vienes, ¿no? —susurra ella sentándose a mi lado.

La miro bajo la tenue luz que nos dan la luna y las estrellas y le sonrío. Briny está preciosa, lleva el pelo recogido en un moño y una chaqueta morada que hace que sus ojos sean incluso más grandes de lo que ya son.

—Sí —respondo simplemente.

Quizá sencillamente no quiero ir a cenar porque es muy probable que esta sea la última cena de cumpleaños. Un último cumpleaños con nuestro padre. Es demasiado difícil afrontar eso. Entonces observo la constelación de Leo y la Osa Mayor. Nuestro padre nos enseñó a detectar a simple vista las constelaciones que aparecen en cada estación del año y es una actividad que hacemos Briny y yo cada noche que tenemos tiempo.

—He preparado regalos muy chulos, ¿los has visto?

—Sí. Me encanta el cojín, es el regalo más indicado para estos momentos —contesto yo sonriendo de nuevo.

Todo va a cambiar tanto cuando papá se vaya que no me hago todavía a la idea. Nada va a quedarse como está ahora. Quizá mi madre no soporte el dolor y quiera marcharse de aquí. Pero sé que eso sería difícil porque Briny no se adaptaría a un cambio tan grande ni tan brusco. Además, ¿dónde podemos estar si no es aquí? Hemos crecido rodeadas de naturaleza, conocemos la tierra como

nuestras propias manos y estas montañas son lo único que nos hace sentir como en casa.

—Cosí muchos días, eh —añade ella.

Escucho el sonido del viento abriéndose paso entre las ramas de los árboles e inspiro con fuerza. Aquí solo nos falta la mesa de madera que hizo papá en la otra finca y donde nos tumbábamos a ver las estrellas.

—Me imagino. Yo le he comprado una variedad de infusiones que seguro le van a gustar, son nuevas en la tienda de Órgiva.

—Leo aún no se ve del todo, ¿no? Solemos verlo mejor en esta época, ¿no?

—Sí. Supongo que además ahora ya no lo vemos desde la misma perspectiva que en... casa... —Todavía me cuesta llamar «casa» al lugar donde estamos viviendo ahora.

—Esta finca también me gusta, aunque la otra era mejor. Creo. Es normal, ¿no? Echar de menos tu antigua casa.

Ojalá tuviera una respuesta que ya de paso me consolara a mí misma pero tampoco tengo mucho más que decirle a Briny de lo que ella ya sabe. Yo echo de menos la otra finca porque es donde nos criamos, y aunque sé que los recuerdos son solo humo, también nos alimentamos de ellos. Me aferraré a los recuerdos cuando papá nos deje, si no, ¿qué nos quedará?

—Yo echo mucho de menos la casa, Briny. Pero bueno, esta finca es diferente y tenemos mucho trabajo por delante.

Ella reposa la cabeza sobre mi hombro y mira el cielo a mi lado en silencio.

Así estamos un rato hasta que mamá nos llama a gritos desde la terraza, ya está la cena. Volvemos y antes de sentarnos a cenar vamos a la habitación a por los regalos. Ahora que me fijo, están los utensilios de costura de mi hermana esparcidos por su cama. Parece que ha estado cosiendo toda la tarde y creo que también pintando porque he visto sus óleos en el patio esta tarde.

Nos sentamos a la mesa, nos cogemos de las manos y bendecimos la mesa. Bueno, mi madre lo hace como siempre y Briny me mira emocionada. A ella le encantan los cumpleaños. A mí también me encantaban pero no dejo de sentir cómo algo me come por dentro porque sé que este será un último cumpleaños.

En casa solemos cenar la noche antes de que sean las doce del día que nacimos como celebración. Siempre empezamos a esta hora, sobre las once, para después jugar a juegos de los que le gustan a mi hermana y comer tarta cuando ya es medianoche.

—Bueno, chicas, contadme, ¿cómo va esta semana? —pregunta papá.

Sus ojos están tan cansados como cada día, y desde que volvió del hospital noto el ambiente en casa enrarecido, supongo que porque este episodio ha hecho más visible la gravedad de su enfermedad.

Briny habla y habla con papá, y mi madre y yo nos miramos en varias ocasiones. Ella está feliz, es igual de consciente que yo de que este será su último cumpleaños y quiere que él lo disfrute todo lo que pueda. Yo escucho a mi hermana hablar y acaban de nuevo con Marcos en su conversación.

—A mí me parece que es hora de contarle a Briny lo que hemos hecho —le dice mi padre a mi madre con una mirada cómplice.

—¿Qué? ¡Qué! —exclama ella nerviosa.

—Verás, Briny..., ¡vamos a hacer la excursión a Granada para conocerlo! —

confiesa mi madre emocionada.

Yo abro los ojos sorprendida y me río. Al mirar a Briny veo que se ha puesto colorada y empieza a tartamudear. Los nervios se la están comiendo. Eso hace que me ría incluso más.

—¿De verdad? No, no le voy a gustar, ¿no? ¡Estoy nerviosa! Es normal..., ¿verdad? —me pregunta ella cogiéndome una mano.

—Sí, sí, sí... ¡Briny! ¡Que sí! —exclamo con una gran sonrisa.

—Hemos hablado con los padres de Marcos y hemos llegado al acuerdo de que iremos a comer todos juntos, después a dar un paseo y os dejaremos un rato solos para que os conozcáis, ¿qué te parece?

Mi hermana no responde al momento y mis padres me miran alegres. Así los pusieron en contacto, en la asociación de autismo les dieron el contacto de la familia de Marcos. También hay una página de Facebook sobre familias que están relacionadas con el autismo y mi madre ha estado mucho tiempo conociendo gente de la zona que tiene hijos como mi hermana. Hasta recuerdo una Navidad que pasamos con la familia de Nora, una chica autista como mi hermana, mayor que nosotras, que fue su mejor amiga durante mucho tiempo. Pero al final se mudaron a Francia hace unos años y ellas siguen comunicándose por carta. Mi hermana se acuerda muchísimo de ella.

Mi madre acabó hablando con el padre de Marcos, que es el que se encarga como ella de tejer redes cercanas para que su hijo conozca chicos de su edad como él. Cuando el padre de Marcos envió una foto de su familia y mi hermana lo vio, gritó emocionada que era muy guapo y quería conocerlo. Así acabaron ambos hablando por carta y haciéndose amigos. Llevan ya más de un año escribiendo y nunca se han conocido, sin duda es el momento de hacerlo.

—Vale —es la única respuesta de mi hermana.

Ahora le toca procesarlo.

—¡Qué guay! ¿Yo puedo ir?

—Pues claro, Ayla, vamos todos y conocemos a la familia como solemos hacer —dice mi madre sonriendo.

—¡Un brindis! —propone mi padre—. Por Briny y por Marcos, porque de este encuentro surgirá algo bonito.

Mi hermana y yo alzamos nuestros zumos y nuestros padres sus vinos. Briny bebe emocionada y todavía colorada por la noticia.

—Es hora de sentarnos en el salón —indica mi madre mirando los sofás.

La cena estaba buenísima, han cocinado pescado y verduras. Mi padre todavía está rebañando su plato cuando nos levantamos de la mesa.

Mi madre enciende las velas de la tarta y cantamos *Cumpleaños feliz* con el sonido de la caja sobre la que se ha sentado Briny y que está intentando tocar. Mi padre sopla las velas que indican sus cincuenta años y sonríe feliz.

—¡Los regalos! —grita Briny ya tendiéndole los suyos.

Él los abre rápidamente y abraza a mi hermana al ver el cuadro que ha pintado y el cojín que ha cosido ella misma.

Casi llego a olvidar que es su último cumpleaños. Ojalá pudiéramos quedarnos en esta noche eternamente.

15. De cuando no debes juzgar sin dar tiempo suficiente a cambiar

Abro los ojos despacio, la alarma suena estrepitosamente al lado de mi cabeza y tanteo la mesa para apagarla, pero el móvil cae al suelo todavía sonando más fuerte. Me lamento durante unos segundos y para cuando consigo sacar la energía necesaria para incorporarme y buscar el teléfono, diviso a mi hermana agachada al lado de mi cama. Después el sonido cesa y cierro los ojos, tapándome y girando mi cuerpo hacia la pared.

—¡Ayla! —me llama ella a gritos.

Emito una serie de sonidos ininteligibles y, después de mascullar frases sin sentido, abro los ojos de nuevo. Oh, hay clase, claro.

Me levanto lentamente y no me da tiempo a responderle a Briny porque ya ha salido vestida del cuarto. Yo no tengo tanto ánimo por las mañanas, así que me tomo mi tiempo para vestirme, lavarme la cara y sentarme a desayunar a su lado.

Me sorprendo al darme cuenta de que es mi padre el que está preparando el desayuno. Últimamente parece que está recobrando las fuerzas que llevaba tiempo sin tener y lo veo más activo en la finca. Este fin de semana incluso ha estado cultivando la tierra con mi hermana como no hacía desde hace meses.

Hay un destello de mejoría en su rostro y sus ojos ya no se ven tan cansados. Me aferro a la ilusión de que sea así y desayuno alegremente.

—Mamá dice que viajamos el sábado que viene a Granada —me comenta Briny mientras bajamos la pendiente de tierra que nos lleva de camino al instituto.

Guau, es muy pronto, la verdad. No me esperaba que todo fuera a desarrollarse tan rápido pero estoy feliz por ella. Un sábado de excursión en familia, me gusta la idea.

—Genial. Ahora la que va a tener novio vas a ser tú, eh —le contesto pasándole un brazo por encima de los hombros.

—Ya... Tú no tienes novio porque no quieres porque ese chico sí que quería porque él quedó contigo y te llevó a casa de sus padres porque eso es lo que hacen los novios —me explica ella y yo la escucho sonriente.

—Bah, Briny..., ese chico no molaba tanto, ¿sabes? Y además, yo ahora no quiero tener novio.

—¿Por qué? —me pregunta antes de quitarse mi brazo de encima.

—No sé... No siempre hay que querer tener novio. Ahora mismo me gustaría acabar el instituto con buenas notas y tenemos muchas tareas en la finca. No me voy a quedar con el primero que pase delante de mis narices, ¿no crees?

Ella asiente con la cabeza y a continuación recorremos las calles del pueblo que nos llevan al instituto. En la puerta nos encontramos a Lola, como cada mañana con una sonrisa y vestida de manera deportiva. Le encanta hacer deporte, ojalá a mí me gustara porque encima hoy tenemos Educación Física y es

la asignatura que llevo peor.

Lola charla con nosotras (en realidad conmigo) de camino a clase y nos deja en el aula en la que tenemos Latín para después marcharse.

Las primeras clases pasan rápido, incluso llegamos al recreo y merendamos con Lola y algunas de las chicas que a veces se sientan con ella. Estas son las chicas de las que hablaba Lola conmigo y con las que en realidad no tiene demasiada relación porque no hay cosas en común entre todas.

Cuando llega la hora de Educación Física, Briny se coloca a mi lado y calienta enérgicamente. Le encanta hacer deporte, es con la única asignatura que disfruta de todas las que tenemos y seguramente es porque no tiene que rellenar fichas sintiendo que no encaja y que los profesores tiran la toalla con ella. Además, nuestra profesora es una chica muy amable y simpática que siempre refuerza positivamente a los alumnos y nos adapta los ejercicios dependiendo del nivel físico que tengamos. Teniendo en cuenta que el máximo ejercicio que hago al día es agacharme en el campo y andar al instituto, soy de las que menos nivel y aguante tienen. Mi hermana, sin embargo, como puede pasar horas bailando con música en casa y sale a andar todos los días, lleva esta asignatura como nadie.

—Bueno, chicos, después del calentamiento me gustaría que fuéramos al gimnasio, quiero contaros el trabajo que vais a realizar este trimestre como final de asignatura y él marcará vuestras notas —nos indica la profesora antes de echar a andar hacia el gimnasio.

Mi hermana y yo nos quedamos detrás. Briny me pregunta repetidas veces qué creo que vamos a hacer pero siendo nueva en el centro no se me ocurre qué contestar. En el otro instituto todo era más fácil, había solo un profesor para todos y siempre nos dejaba hacer el deporte que quisiéramos, así que se puede decir que me he pasado cuatro años jugando a voleibol con compañeras y viendo a Briny practicar todo tipo de deportes sin agotarse.

Al llegar al gimnasio, la profesora nos indica que nos sentemos en unos bancos de madera y arrastra por el suelo un gran altavoz hasta llegar a nosotros. Después enchufa su móvil y una canción empieza a sonar con fuerza. No la conozco pero tiene buen ritmo. Briny enseguida empieza a moverse a mi lado y yo sonrío.

—Vale, os he dicho que íbamos a hablar de la evaluación de este trimestre. Pues bien, he pensado que vamos a llevar a cabo una coreografía acrobática en grupos.

Un chico de la clase levanta la mano y pregunta qué es eso de «acrobática», a lo que la profesora responde:

—Básicamente es la idea de hacer acrobacias y pirámides humanas. Lo que tengo en mente es que combinéis el baile con cinco o seis pirámides en su ejecución. Podéis hacerlo como queráis, os he subido a la plataforma del colegio una ficha con ejemplos de pirámides que varían en número de personas y dificultad. Quiero que lo paséis bien ante todo y que trabajéis en grupo. Y para eso he pensado hacer grupos según la afinidad con la música que bailéis. He traído diferentes canciones y me gustaría que cuando ponga una, alguno de vosotros se levante para elegirla y luego el resto os levantéis para formar parte de su equipo. Los grupos son máximo de seis personas.

Inmediatamente los murmullos se abren paso por encima de la música que suena, y cuando voy a darme cuenta todos mis compañeros están señalándose

entre ellos y formando grupos antes incluso de que empiecen a sonar las canciones que ha indicado la profesora. Briny se pega a mí mientras sigue bailando con la cabeza al ritmo de la canción que suena y yo paso la mirada por todos mis compañeros preguntándome con quién vamos a bailar nosotras.

—¡Va! ¡Empezamos!

La profesora pone otra canción, una de rap y suena antigua porque no tengo ni idea de quién es. Además, rapea en inglés, y con mi nivel, no estoy al día de la letra. Rápidamente, un chico se levanta tarareando la canción y con él unos cuantos más. Son seis en cuestión de segundos. No he hablado con ninguno de ellos y no recuerdo siquiera sus nombres.

Igual vuelve a ocurrir con una canción de Beyoncé que hace que uno de los grupos de niñas de la clase se levanten y la elijan. La profesora los va apuntando en su libreta de la clase, ya quedamos poco más de la mitad.

Suena otra canción y veo por el rabillo del ojo cómo Briny se levanta gritando:

—¡Yo!

Después canta la letra como si estuviera sola en casa y me suena a que es una de esas canciones de reguetón que pone una y otra vez bailando en el salón.

Yo miro a nuestro alrededor y a diferencia de antes, cuando se levantaban mis compañeros unos tras otros, nadie hace ningún movimiento.

—¿Briny? ¡Genial! ¡Qué buena iniciativa! ¡Así me gusta! Venga, ¿quién se apunta con ella?

Se hace un silencio que me pone de los nervios. Como era evidente, me levanto y me coloco a su lado. La profesora nos sonríe y yo me vuelvo para mirar a mis compañeros que siguen sin levantarse.

—A mí me encanta esta canción, la bailo siempre en casa, ¿verdad? —habla mi hermana mirando a la profesora.

—Sí..., eh..., sí. Briny baila mucho en casa, ha recibido hasta clases —añado yo adaptándome como puedo al silencio incómodo que se ha instaurado en el gimnasio.

Volvemos a esperar y viendo que nadie se mueve, la profesora vuelve a insistir que necesita voluntarios y que no se cree que a nadie en la sala no le guste el reguetón.

De pronto, cuando menos lo esperamos, un chico se levanta y, al escuchar su voz, mis ojos se abren como platos.

—Me mola esta canción y si Briny sabe bailar, tenemos ya la nota asegurada.

Es Alejandro, el chico que se metió con ella delante de toda la clase. Esta vez nos mira con una sonrisa sincera y se acerca a nosotras para hacer presión de grupo.

—¿Qué haces? —le susurro cuando llega a mi lado.

—Siento lo que ocurrió, dejadme arreglarlo —me pide con una mirada honesta.

Más chicos se levantan, su grupo de amigos que habló conmigo aquel día y que me pidieron disculpas. Y con ellos se levantan también chicas. Llega un momento en el que no sé a quién mirar.

Se han levantado todos.

—A ver, chicos..., dije que como máximo seis. Sois diecisiete.

Guau.

—¡Podemos hacer un baile enorme! ¿No? ¡Superchulo! —exclama mi hermana emocionada.

—Tenéis que ser seis. Quiero que tres os unáis y el resto os sentéis de nuevo.

Para mi sorpresa, empiezan a discutir entre ellos y, al final, se quedan dos chicos y una chica más que se colocan a nuestro lado.

Yo no puedo evitar sonreír y veo que mi hermana, por primera vez en mucho tiempo, sonríe también de verdad estando dentro de un instituto.

No termino de creer lo que ven mis ojos.

16. De aquello que parece insignificante pero no lo es

He pasado casi toda la noche despierta, mi cuerpo pasaba de estar ardiendo a helado en cuestión de minutos. Tuve que levantarme a vomitar varias veces y al final acabé quedándome dormida dos horas por puro agotamiento. Creo que he tenido un corte de digestión porque anoche comí demasiadas gambas que habían preparado mis padres. Mientras suena la alarma me vuelvo para mirar a Briny que está esperando a que me prepare para ir a clase.

—Hum..., Briny, me encuentro muy mal. No puedo ir a clase —susurro tocándome la frente con una de mis manos.

—Pero, Ayla, hay que ir, ¿no? Yo tengo que ir, ¿no? —me pregunta.

Parpadeo para poder enfocar la visión y verla mejor, pero me duele tanto la cabeza que me veo obligada a cerrar los ojos de nuevo.

Pierdo la consciencia y me quedo dormida. Recuerdo que mi madre entró en la habitación y me tomó la temperatura para después taparme otra vez con la manta e indicar a mi hermana que me dejara dormir.

Para cuando me despierto escucho los pájaros cantando cerca de la ventana. ¿Qué hora es? Me incorporo con cuidado y me doy cuenta de que estoy empapada en sudor. Parece que ya me encuentro mejor por lo que me levanto y me dirijo al baño.

Estoy pálida. No me extraña, al mirar el váter recuerdo la terrible noche que he pasado. Me prometo no volver a comer marisco en mucho tiempo, solo de pensarlo tengo ganas de vomitar otra vez. Mis pelos están hechos una maraña, me ducho y me lavo la cabeza. El agua caliente me sienta bien y al salir del baño ya empiezo a encontrarme mejor.

Me siento en el sofá del salón y, al poco tiempo, sale mi padre en su bata de invierno.

—Cariño, ¿cómo estás? —me pregunta sentándose a mi lado.

—Bueno, algo mejor. Me duele la cabeza, estoy agotada —contesto—. Oh, ¿qué hora es?

Ahora que lo recuerdo, Briny me insistió esta mañana en ir a clase porque ella tenía que ir también. Antes, cuando yo me ponía enferma, eran mis padres los que la acompañaban a la escuela. Cuando fuimos creciendo Briny empezó a hacer el camino sola porque tras la rutina de día tras día y año tras año se atrevía a hacerlo.

—Las dos de la tarde. No pasa nada, ya hemos llamado para avisar de que estabas enferma —me indica él sonriendo mientras alcanza su guitarra.

—¿Y Briny?

Mi madre se adentra en el salón y tras darme un beso me tiende una taza con lo que supongo que es una infusión seguramente de manzanilla.

—Tu hermana se ha ido sola esta mañana —anuncia ella feliz—. Al principio no estaba convencida con la idea y la acompañé hasta el principio del camino.

Entonces la dejé irse, me parece que ya está preparada para ir y venir sola al pueblo.

—¡Eso es increíble! —exclamo emocionada.

Realmente lo es. Que Briny gane independencia en las cosas que parecen más insignificantes en realidad es muy importante. Ya llevábamos un tiempo haciendo esa misma ruta cada día y seguramente se la sabrá de memoria.

—Estamos muy felices, Ayla. Todo va bien. ¿Sabes lo emocionada que está tu hermana? —me dice mi madre mientras suenan de fondo las notas que está tocando mi padre con su guitarra acústica.

—Sí. Lo que ocurrió hace unos días en el instituto le ha cambiado la perspectiva que tenía de él. Realmente los chicos y chicas de clase nos han sorprendido muchisímo a todos.

Después de desayunar la infusión y con la música de mi padre de fondo, vuelvo a cerrar los ojos y a quedarme dormida.

Esta vez es Little Fella el que me despierta chupándome los dedos de las manos. Casi pego un grito del susto. Después, el perrito de mi hermana se acomoda a mi lado y apoyo la cabeza en su lomo para seguir durmiendo.

Cuando me despierto, ya está mi hermana sentada a la mesa comiendo con mis padres. Han hecho sopa de pollo. Me siento con ellos y como lentamente. Lo que necesitaba era comida ligera como esta.

—Ayla, te he echado de menos. Es normal, ¿no? Eres mi hermana y mi mejor amiga —me dice Briny.

—Yo también te he echado de menos —contesto sonriendo.

Está guapísima, lleva el pelo recogido en dos trenzas y un vestido lila con leotardos naranjas. Sus ojos brillan y sé que está emocionada por haber ido sola al instituto.

—¿Os parece si preparamos la excursión a Granada esta tarde? —pregunta mi padre mirando directamente a mi hermana.

—¡Sí! Oh..., todavía queda mucho..., ufff... —resopla ella.

—Briny, queda una semana y un día.

—Eso es mucho, ¿no? No sé si puedo esperar tanto.

Voy a contestarle de nuevo pero después reflexiono que no va a servir para nada. Mi hermana no tiene percepción del tiempo, no entiende qué significa una semana ni tampoco una hora. De hecho no sabe cómo leer el reloj ni el calendario. Decirle una semana es para ella como decir un año. Tiene más sentido decir «Pronto» o «Dentro de poco» que los días exactos. Así que al final cambiamos de tema y charlamos sobre cómo ha ido el día.

Estoy segura de que mis padres han estado nerviosos toda la mañana por ella porque cuando damos pasos tan grandes siempre tenemos miedo a que algo salga mal. Yo los observo conversar con mi hermana y en el fondo de mí, aunque no quiera, siento que Briny siempre será el centro de atención. Ni siquiera nadie me ha preguntado cuando me he sentado a la mesa cómo me encuentro. Al final te acostumbras a no ser el centro de atención, a pesar de que a todos nos gusta serlo de vez en cuando.

Después de comer nos sentamos en la terraza y Briny me tiende una carta de nuestro tutor, dentro encuentro las tareas que han mandado en cada asignatura y la nota de una de ellas. He sacado un ocho y medio, sonrío y se lo enseño a mis

padres, que enseguida me felicitan contentos.

—¿Qué os parece si empezamos llamando a la madre de Marcos? —indica mi madre sacando su móvil.

—¡Qué vergüenza...! No voy a gustarle.

Mi hermana entra en su bucle habitual y soy yo la que charla con ella mientras mi madre se encarga de buscar el teléfono de la familia de Marcos en un correo electrónico que le han mandado y de marcarlo.

Esperamos a que emita alguna señal de que descuelgan y Briny me coge de la mano nerviosa. Tiene una risa floja inconfundible y mi padre se sienta a su lado cogiéndola de la otra mano.

—¿Irati? ¡Hola! Soy la madre de Briny... Sí, sí... ¿Cómo estáis? —Mi madre se muestra simpática y parece que la conversación va bien.

Briny nos aprieta las manos con fuerza y se remueve en su silla.

—Ajá..., pues mira habíamos pensado que fuera el sábado que viene... Oh..., ¿de verdad? Bueno..., claro..., sí, sí...

Con cada palabra que pronuncia nuestra madre, mi hermana se pone más y más nerviosa. Llega un momento en el que se levanta y nos dice:

—Seguro que no quiere porque no le gusto y no quiere ser mi novio y... —sigue hablando de seguido ella sola hasta que termina de desahogarse.

Cuando mamá cuelga, todos la miramos y soy yo la que exclama:

—¡¿Qué ha dicho?!

—Chicas..., ¡nos vamos de excursión a Granada!

Mi padre y yo chillamos emocionados y mi madre no puede parar de reír.

Cuando miramos a Briny está de pie a nuestro lado moviendo los ojos con una mueca en la cara.

Es buena señal. Está tan emocionada que se ha quedado sin palabras.

17. De las sorpresas inesperadas

Ha pasado ya una semana desde que hicimos el grupo de baile en la asignatura de Educación Física y Briny todavía sigue hablando de lo que ocurrió en casa. Mis padres ya se saben la historia de memoria pero no pueden evitar emocionarse cada vez que lo comenta. Sabemos que ha sido un gran avance para ella sentirse parte por primera vez de un grupo tan grande. Al final, como dice mi padre, las cosas siempre pasan por algo. Alejandro la ridiculizó para aprender que estaba mal y ahora, sorprendentemente, es gracias a ese chico que los demás han apoyado a Briny.

Tanto apoyo que mi hermana hasta se ha saturado en clase. Ahora todos hablan con ella como les pedí que hicieran y le dejan su espacio cuando ven que ya está cansada de socializar. Pero estoy muy contenta con cómo nos van las cosas y he empezado a hablar con Claudia además de con Lola en los recreos, la chica que se unió a nuestro grupo de baile.

Estoy sentada en el salón con mi madre, que anda leyendo un artículo de una revista mientras yo repaso los ejercicios de sintaxis que tengo que entregar mañana. Ella pasa las páginas con cuidado, acaba de hacerse la manicura y lleva el pelo cubierto por una bolsa por el tinte que se ha echado justo antes.

—Estarán a punto de llegar, Ayla —me dice levantando los ojos del artículo que, si no me equivoco, habla sobre una de sus modelos.

—Sí. Briny lleva toda la semana preparando la coreografía del primer minuto, creo que los chicos se van a sorprender y no van a saber qué decir —contesto casi riéndome.

—Parece que todo está volviendo a la normalidad. Me alegra saber que los chicos de tu edad tienen un corazón tan grande —añade ella.

—Sí..., lo cierto es que yo también. Briny parece muy contenta ahora cuando va a clase.

—Es sorprendente lo mucho que puede cambiar tu perspectiva de la vida con gestos tan simples como los que ocurrió ese día. Quizá estos chicos no lo saben pero han hecho algo increíble por ella.

Yo sonrío y termino de corregir los ejercicios antes de levantarme para ir a cambiarme. Hemos quedado en quince minutos aquí y la idea es preparar una parte de la canción porque la profesora nos deja durante las clases que quedan hasta fin de curso para practicar e ir enseñándoselo.

—Oye, mamá..., ¿cómo está papá? —le pregunto desde el otro lado del salón.

—Tendremos que ir a hacer las pruebas pronto pero notamos mejoría. ¿Tú también?

—Sí, por eso te lo preguntaba. Lo veo menos cansado —comento con una sonrisa que se me escapa antes de poder controlarla.

—Cariño..., esta enfermedad a veces nos engaña. Tu padre se siente mejor pero eso no quiere decir que lo esté.

—Tenemos que poner energía en que sí, mamá —le pido.

—Lo sé. La pongo cada día. Y estoy segura de que creer en ello nos ayudará —me indica ella emocionada.

Antes de que lleguen los chicos, Briny me deja unas mallas de colores estrambóticos que suele usar para bailar y se hace una trenza alta a mi lado felizmente. Tiene una energía desbordante y no puedo evitar sentirme contagiada.

Cuando llaman al timbre, salgo a la puerta corriendo y dejo a Briny preparando la zona de la finca donde vamos a bailar. Ha colocado dos sábanas para delimitar lo que se supone que es el escenario del propio gimnasio y ha traído uno de los altavoces de nuestro padre. Me gusta el sitio que ha elegido, es de los pocos llanos de la finca y las montañas quedan a lo lejos después del barranco.

Es Alejandro, me doy cuenta de que lo ha acercado algún familiar porque veo el coche alejándose después de que se baje.

—Hola —le digo sin demasiado entusiasmo.

—Hola, Ayla —me responde él intentando sonreír dándose cuenta de que no me hace mucha gracia verlo.

Le abro la puerta que da a la finca y le indico que me siga.

—Oye..., quería hablar contigo. En clase no estás muy receptiva y, bueno...

—Si quieres disculparte, ya lo has hecho y he aceptado tus disculpas. Además, no es conmigo con quien tienes que hacerlo —le corto antes de que pueda terminar.

—No, yo solo quería decir que me alegra haber elegido vuestro grupo. Me gustaría conoceros y he pensado mucho en lo que ocurrió aquel día. Me siento fatal, tía —me explica él parándose a mitad de camino, justo antes de que giremos y veamos a Briny a lo lejos.

—Gracias por todo eso. Yo espero que te mole conocer a mi hermana, es una chica interesante y seguro que, si le das una oportunidad, te sorprende —añado.

Él me sonríe y después dice:

—Qué campo más chulo tenéis. Jo, aquí se tiene que vivir genial, eh. ¡Si hay gallinas! —exclama cuando ve el gallinero abalanzándose al sitio.

Las observa desde fuera y yo me acerco a su lado.

—Sí, nos encanta vivir en mitad de la naturaleza.

—Seguro que tu hermana es la que lo disfruta con más ganas —dice él casi en un susurro.

Yo no puedo evitar sonreír ante su comentario. Me sorprende que un chico como él diga algo así. Ahora que me fijo, Alejandro es muy atractivo, solo que siempre lo he mirado viendo a un idiota que va de chulo.

—Pues sí, ella lo disfruta como nadie. Tendrías que verla plantando, cosiendo y disfrutando del sol. Es una gozada —añado riéndome.

Por un momento he olvidado que Alejandro es el chico que hizo lo que hizo. Enseguida recupero mi postura y cambio la expresión de mi cara.

—Ya... Mi hermano tiene síndrome de Down y mis padres siempre nos llevan de vacaciones al campo porque a él le encanta jugar con los animales —confiesa.

Entonces me quedo en silencio vuelta hacia él.

Quizá todo lo que ocurrió tenía un sentido. Ahora lo veo. Alejandro entiende a Briny y le recuerda a su hermano. Supongo que la situación se le fue de las manos y ahora quiere arreglarlo de verdad.

—Guau..., bueno..., ¿cuántos años tiene?

—Doce. Lo habrás visto por el pueblo, suele pasear con mi madre.

—Ahora no caigo pero me alegra que me cuentes todo esto.

—Gracias..., a veces me paso de tonto, ¿sabes? A veces me hace sentir mejor conmigo mismo meterme con los demás porque así olvido todos los problemas que me rodean. —Sus ojos son sinceros al decirlo.

Le indico que se siente a mi lado delante del corral y observando a dos gallinas que se han quedado dormidas contesto:

—No creo que seas el único que hace eso. Me alegra que lo reconozcas, todos nos equivocamos.

—Tú sueles estar con Lola y a veces con Jose por el instituto, ¿no? —me pregunta él pasándose una mano por el pelo oscuro que lleva casi hasta las orejas.

—Más con Lola, la verdad. Jose..., ejem, digamos que ya no me cae tan bien como cuando lo conocí.

—No me extraña, ese chico se nota que se ha criado con una familia bien.

Yo me río ante su comentario y después me levanto tendiéndole una mano para ayudarlo.

Seguimos charlando hasta que llegamos donde está Briny y, para cuando quiero darme cuenta, son ellos los que hablan sacándome de la conversación. Luego, vuelvo a recoger al resto del grupo que ha subido andando y, tras merendar en la terraza porque mi madre nos llama para hacerlo y escuchar sus comentarios sobre lo bonita que es la finca, bajamos y empezamos a preparar el baile.

Pronto se hace de noche, el tiempo se nos ha pasado volando, ha sido una de las mejores tardes de nuestras vidas.

18. De estar aquí y ahora

Nuestra casa parece una fiesta de despedida de soltera. La música reguetón que le gusta a mi hermana suena a toda pastilla y retumba entre las paredes por el altavoz que le ha dejado mi padre. Briny se mueve de un lado a otro nerviosa, rebusca entre sus cajones, acaba casi vaciando los del salón y entra en el baño cada cinco minutos.

Yo estoy sentada esperando a que estén listos para irnos. Hoy es el día, hemos quedado a la hora de comer con la familia de Marcos y mi hermana no cabe en sí misma de la emoción y de los nervios. Incluso Little Fella parece nervioso, ladrando a cada rato y saliendo y entrando de la casa como si quisiera empatizar con mi hermana.

—Chicos —dice mi madre adentrándose en el salón.

—¿Por qué no estás vestida? —pregunto yo indignada.

—Me voy a tener que quedar aquí. Me han llamado del trabajo, hemos tenido un problema con una marca y tengo reunión en una hora. No puedo posponerlo —se adelanta antes de que se lo proponga yo misma.

—Oh, vale, no pasa nada. Iremos nosotros —responde mi padre, que está guapísimo con una camiseta de montaña oscura y unos pantalones claros sueltos de verano.

Yo chasqueo la lengua y pongo los ojos en blanco. Con mi madre es muy fácil tener problemas de última hora. Sé que no es su culpa y que su trabajo muchas veces la consume. También que ella es la primera que debe de estar deseando venir con nosotros, pero de todos modos me molesta que no vayamos toda la familia a apoyar a Briny. Hoy es un día muy importante para ella, quizá el único que nos ha pedido en mucho tiempo.

—Mandadme fotos, por favor. Ah, otra cosa. He estado pensando que sería interesante que Briny cogiera el autobús a Granada y la recogierais ahí.

—¿Qué? —pregunto yo frunciendo el ceño.

Mi padre guarda silencio y mira a mi madre también confundido. De pronto, Briny pasa por nuestro lado cantando a grito pelado y sin darse cuenta de que estamos hablando de ella. Cuando entra en nuestra habitación, mi madre responde:

—Si a Briny le gusta este chico y quiere volver a quedar con él, sería interesante que pudiera ir haciéndolo poco a poco sola.

—Mamá, Briny ni siquiera ha ido en ese autobús con alguien varias veces, ¿cómo lo va a hacer sola?

—En realidad no es tan mala idea. La dejamos en la parada de autobús, esperamos a que llegue, la subimos y después nos vamos y la recogemos en Granada. Solo hay que indicarle que se baje en la penúltima parada. Quizá sea bueno que tenga tiempo para estar sola antes de todas las emociones que se le

vienen encima —me responde mi padre en un tono reflexivo.

Después de discutir durante unos minutos sobre si ese plan funcionará o no, terminamos ultimando detalles y es mi madre la que entra en nuestra habitación y habla con mi hermana. Tardan en salir unos minutos pero cuando lo hacen Briny sigue tan contenta como antes, si no más y exclama:

—¡¿Nos vamos?! ¡Voy a ir sola! Eso está guay, eh, ¿Ayla? —me apela ella sonriente.

—Sí, te estás haciendo mayor: novio, viajar sola... ¡No te podrás quejar!

Mi hermana está preciosa, con unos pantalones verdes y un top de mariposas rosas. Al subirnos al coche veo que lleva también el bolso rosa fucsia que le regalamos estas Navidades y que se ha maquillado un poco los ojos (seguramente con ayuda de mi madre). Su pelo castaño está suelto y ondulado de manera natural. Yo me miro en el espejo retrovisor y me comparo con ella. Mi hermana tiene los ojos más grandes que yo y unas facciones más delicadas. Las mías son más angulosas y marcadas.

En el coche de camino al pueblo escuchamos música y Briny tararea detrás de nosotros nerviosa. Yo también estaría nerviosa, es la primera vez que va a conocer a un chico que le gusta y no viene solo, sino con sus padres.

Nos bajamos cerca de la parada de autobús y lo esperamos. Mi madre nos indicó que no tardaría en pasar el de esta hora. Miro el reloj, hemos quedado en dos horas con la familia de Marcos en el centro de la ciudad.

—Solo tengo que esperar, ¿no? —pregunta Briny moviéndose de un lado a otro.

—Sí. Te subes y te bajas cuando el conductor diga que ya habéis llegado a la penúltima parada. Recuerda, estación de autobuses de Granada —explica mi padre por quinta o sexta vez en lo que va de mañana.

—Vale. Bueno. Sí. Vale.

—¿Llevas el MP4 cargado? —le digo yo ayudándola a colocarse bien el top que a veces se le sube demasiado.

—Sí. Eso es normal, ¿escuchar música en el autobús?

—¡Claro! —respondo con una sonrisa.

Briny no tiene teléfono móvil, nunca ha querido uno ni ha tenido interés. Ni tampoco mis padres han entendido que era necesario sino todo lo contrario. Por eso todavía conserva su MP4 que le regalaron hace al menos seis años. Es por eso que mi padre le tiende un teléfono antiguo.

—¿Por qué? —pregunta ella.

—Hemos pensado que ya que vas a viajar sola necesitas una forma de contactarnos.

—Además, si te aburres, puedes llamarme. He grabado mi teléfono y el de mamá y papá, mira. —Le indico rápidamente cómo van las pocas funciones del móvil antiguo de mi madre y después la llamo haciendo una demostración.

—Hummm... Podríamos haber traído a Little Fella, ¿eh? Seguro que le gustaba Granada y conocer a Marcos.

—No creo que lo pasara bien en la carretera.

—Jo... La próxima vez. ¿A lo mejor?

—A lo mejor —digo yo.

Poco después llega el autobús y la gente que está en la parada se va subiendo.

Mi padre me mira preocupado y yo le indico con la cabeza que acompañe a mi hermana. Ambos se suben, él paga y luego veo desde fuera cómo la ayuda a encontrar un sitio que le guste. Cuando Briny está sentada me saluda desde dentro y yo le respondo sonriente. Veo cómo mi padre habla con el conductor y al bajarse del autobús se acerca a mí y me abraza.

—Tranquilo, papá. Va a estar bien, ya verás. Briny se va haciendo mayor, necesita dar estos pasos.

—Espero que sí, mis niñas...

Después me suelta y volvemos al coche. Cuando arranca, nos mantenemos en silencio durante unos minutos. Sé que en realidad le come por dentro lo que esté deseando decirme pero yo le dejo su espacio y subo el volumen de la radio.

Miro mi teléfono en repetidas ocasiones, en un rato llamaré a Briny para ver cómo va en su viaje sola. Es la primera vez que coge un autobús sin nadie, por eso entiendo que mis padres estén tan nerviosos.

—Os vais haciendo mayores —empieza a decir él manteniendo la vista fija en la carretera.

Ya hemos salido de Órgiva y estamos empezando el tramo de curvas. Hace poco que hemos dejado atrás el autobús de los pueblos. Desde donde estamos hay barrancos más allá de los quitamiedos de la carretera y sé que mi padre es un conductor precavido.

—Papá..., ¿cómo te encuentras? —Es una conversación que no hemos tenido muy a menudo. Tengo la sensación de que él prefiere evitarla.

—No sé, cariño... A veces mejor y otras peor. Prefiero no pensarlo y dejar que la vida tire de mí hasta donde aguante.

—Papá... —balbuceo.

Escucharlo hablar de la vida y la muerte es lo último que necesito ahora. No quiero que él acepte que va a morir porque entonces nos va a devastar como un tsunami.

—Os quiero mucho, Ayla. Estoy luchando por mí y por vosotras, por tu madre. Quiero que siempre lo recuerdes. Puedo tener suerte, no lo sabemos. Los médicos...

Él sigue hablando y noto cómo las lágrimas se derraman de mis ojos y me recorren las mejillas. Intento respirar con tranquilidad para que él no note que estoy llorando pero pronto deja de hablar y se hace un silencio.

—Papá..., no puedes dejarnos —balbuceo.

—Yo no quería que tu madre te lo contara, sabía que haría todo esto más difícil. Pero ¿sabes qué? Es cuestión de poner energía y creerlo. Yo creo que puedo superarlo y necesito que tú también lo creas. Hasta Briny lo necesita aunque no lo sepa —habla él con voz pausada.

—Lo sé. Quiero creerlo papá, de verdad.

—Y si no eres capaz, al menos no lo pienses. Estoy aquí. ¿Me sientes? —me pregunta cogiéndome la mano que tengo más cerca de él.

—Sí.

—Pues eso es lo único que importa. Estoy aquí ahora y no voy a irme. Vamos a hacer una excursión increíble, vamos a luchar como la familia que somos.

Saco un pañuelo para secarme las lágrimas y mantengo la calma. Tengo que hacerlo por él. Y es cierto que todavía está aquí con nosotras. No quiero pasar los

ratos que tengamos llorando y lamentándome por algo que no ha ocurrido.

—No quiero perderte, papá.

—Solo se pierde cuando olvidamos. Tú no me olvidas. No me vas a olvidar. Y mientras me recuerdes seguiré a tu lado, aquí, ahora.

19. Del Carmen de los Mártires

Mis ojos se pierden recorriendo los edificios angulosos y desteñidos. Hay mucho verde en mitad de las calles, también parques en las zonas residenciales y mientras entramos por la salida sur de la ciudad, yo espero nerviosa el momento de adentrarnos en el centro histórico y ver la Alhambra. Mi padre conduce tarareando una canción de Bob Marley y yo me río una y otra vez por cómo cambia la letra y gesticula con la cara.

Tardamos al menos diez minutos en salir de un atasco que hay cerca de donde parará el autobús en el que va Briny. Miro mi teléfono, nada nuevo más allá de fotos que me ha mandado Lola porque se ha ido de viaje con su familia este fin de semana. He llamado a Briny a mitad de camino y lo ha descolgado emocionada y casi gritando. Tiene que estar hecha un manojo de nervios y no me extraña porque hasta yo misma lo estoy.

—Será mejor que te bajes y esperes en la parada por si llega tu hermana, voy a tardar un buen rato en aparcar —comenta mi padre barajando sus opciones.

Rodeamos el helicóptero que me hace saber que ya estamos al lado de la parada de autobús y me bajo del coche justo donde llegará mi hermana. Después veo cómo mi padre se pierde en una de las calles en busca de aparcamiento.

Espero un buen rato y mientras lo hago miro mi cuenta de Instagram. La verdad es que nunca he sido muy adicta a las redes sociales y he subido tres fotos en dos años. Veo una foto que ha puesto Lola y otra chica de clase juntas, parece que se han encontrado en Toledo.

Durante un rato me entretengo hasta que escucho el motor de un autobús acercándose a la parada. Al alzar la vista leo en el letrero que es el que viene de Órgiva. Al parar, incluso veo desde aquí cómo Briny se acerca al conductor para asegurarse de que es su parada y se baja lentamente.

—¡Briny! ¿Cómo ha ido el viaje? —pregunto emocionada llegando a su lado.

—Bien. Un poco aburrido, ¿no?

Yo me río por su contestación y hasta que llega nuestro padre charlamos sobre lo que va a ocurrir. Ella, como me imaginaba, está que se sube por las paredes y no ve el momento de conocer a Marcos y acabar con el sufrimiento que supone la espera. Me dedico a darle una larga lista de consejos y, sobre todo, de cosas que debe tener en cuenta para ver si de verdad quiere que Marcos sea su novio.

Cuando llega papá, empezamos a andar hacia el centro de la ciudad. Él siempre aparca por esta zona porque dice que es un infierno conducir por Granada ya que hay un carril de taxi y autobús que casi no se ve y le han multado varias veces por ir por él. Por lo que damos un paseo de al menos media hora hasta llegar a las calles que reconozco.

—¡Gran Vía de Colón! —exclamo sonriente.

Ante nosotros se abre una avenida enorme por la que circulan muchos autobuses y también caminan muchas personas. Los edificios me parecen una maravilla, en tonos claros y pasteles; mi madre una vez me contó que tenían más de dos siglos y que incluso hay un palacio al final de la calle. Hemos recorrido esta vía decenas de veces porque es una de las más importantes de la ciudad que conectan el ala norte con el sur.

Seguimos caminando y terminamos de subir la otra avenida en la que estábamos y llegamos ahora a Plaza Nueva. Hay una fuente al principio de ella y al fondo queda enmarcado un trocito de la Alhambra.

Mi padre, mi hermana y yo nos sentamos en un banco. No dejo de recorrer con la mirada los edificios históricos que nos rodean. Me encanta esta ciudad porque desde el momento en el que entras en el centro no paras de ver monumentos. ¡Están por todos lados!

—Hemos quedado en esta terraza —indica mi padre señalando el restaurante que tenemos delante.

—Pero eso es de *guiris* —contesto yo.

—Ya, pero es fácil vernos ahí.

—¿Estoy bien? —nos interrumpe mi hermana—. Estoy muy nerviosa. No sé. Ay...

—Estás guapísima, Briny —le digo guiñándole un ojo.

—Oh, mira, ¡ahí están! —dice nuestro padre señalando una de las mesas.

Nos levantamos y lo seguimos. Mi hermana no anda a mi lado y al volverme veo que está detrás con las mejillas tan coloradas que parece que le van a explotar. No me mira a los ojos, sino que dirige su mirada al suelo y noto cómo aminora el paso para no llegar tan rápido. Sonrío y la dejo atrás, necesita su tiempo.

La familia de Marcos nos recibe con besos y abrazos. Su madre, su padre y su hermana están junto a él. Mi padre y yo los saludamos y nos presentamos. Al buscar al chico, veo que se ha quedado sentado mientras el resto se levantaba para saludarnos. Soy yo la que me presento y él me responde:

—Eh, ¡hola! —Me agacho y le doy dos besos.

Es tal y como en la foto que le mandó a mi hermana, tiene el pelo rubio corto y despeinado, unos ojos verdes pequeños pero intensos y un cuerpo ancho, parece bastante alto.

Briny saluda a los padres de Marcos y la noto muy recta, seguramente es por los nervios. Veo cómo guarda la compostura y los saluda lo más educadamente posible, aunque también se le escapa la risa nerviosa.

—Bueno, Briny, él es Marcos —le dice su madre a mi hermana.

—Hola —saluda Marcos a mi hermana sin alzar la mirada.

—¿Qué tal? —contesta mi hermana sentándose en el lado opuesto de la mesa.

—Bien.

Se hace un silencio hasta que mi padre y yo nos sentamos también y empezamos a hablar con la familia de Marcos.

Nos enteramos de que sus padres están divorciados durante la comida aunque lo llevan genial y siempre comparten momentos como este todos juntos. Mi padre habla de nuestra finca y yo del instituto y nuestro día a día. La hermana de Marcos se marcha antes de que terminemos de comer y acabamos hasta pidiendo

café. Mi padre conecta rápidamente con ellos y yo intento darle conversación a mi hermana, que casi no pronuncia palabra.

Cuando llevamos un buen rato comiendo, Marcos empieza a hablar y termina haciéndolo más de lo que esperábamos. Nos habla de que es artista y tiene un estudio aquí en Granada, de que ha encontrado un trabajo de un par de horas en una tienda y está muy feliz. También descubrimos que tiene veinte años, por lo que la diferencia de edad con Briny es bastante notable.

—Briny estaba deseando conocerte, Marcos —dice mi padre tocando a Briny con el codo.

—Sí. Eh..., sí —responde ella, que se ha mostrado toda la comida tímida y silenciosa.

—Yo también estaba deseando, eh, ¿mamá? —apela Marcos a su madre.

—Sí. Lleva todos estos meses esperando este momento. Incluso ha contado los días.

—¿Qué os parece si subimos al Carmen de los Mártires? —propone mi padre.

A todos les parece genial la idea, pagan la comida y nos marchamos. Todos conocen el camino menos mi hermana y yo, de hecho diría que jamás hemos estado en ese sitio. La familia de Marcos encabeza la subida hablando con mi padre, después Marcos, que se sitúa al lado de mi hermana, y al final voy yo.

Subimos una cuesta que reconozco como perteneciente a los jardines de la Alhambra. La pendiente es inclinada pero se nota que nosotras estamos acostumbradas a este tipo de subidas. La hacemos casi sin asfixiarnos, en cambio escucho a Marcos con la respiración abrupta intentando hablar con mi hermana. Ella no parece estar de momento muy receptiva, intento quedarme aún más atrás para dejarles espacio.

Cuando llegamos arriba, los padres de Marcos necesitan sentarse para recobrar el aliento mientras que mi padre y nosotras estamos tal y como cuando empezamos a subir. De hecho mi padre sigue hablando con ellos y yo les doy conversación a mi hermana y a Marcos. Este no parecía tan tímido como ella a simple vista pero empiezo a darme cuenta de que su verborrea es parte de su timidez y nerviosismo.

Seguimos caminando y llegamos a una puerta preciosa forjada en hierro que está abierta. Detrás hay una fuente rodeada de flores y plantas.

—Aquí venimos, a ver qué os parece —comenta mi padre.

—Nosotros teníamos una idea, Jaime, ¿qué tal si los dejamos a los dos pasear por aquí y nos sentamos nosotros por los jardines de la Alhambra? —propone la madre de Marcos.

Mi hermana me mira alarmada y vuelve a ponerse colorada. Yo le guiño un ojo antes de contestar:

—A mí me parece una idea fantástica, ya vendremos otro día al Carmen de los Mártires.

—¡Sí! Ven, Briny, yo te enseño —añade Marcos tomando a mi hermana de la mano.

Lo último que vemos es a Briny dándose la vuelta con su risa nerviosa habitual. Después se pierden en los inmensos jardines que comienzan detrás de la puerta del Carmen.

—Podemos sentarnos por aquí cerca, así cuando salgan nos encontrarán

enseguida —propone el padre de Marcos.

Nosotros los seguimos y acabamos sentados en un banco rodeados también de altos árboles y de maleza. Justo a nuestra espalda, aunque no se vea, está la Alhambra. Alguna vez hemos hecho este camino para hacer el recorrido dentro del monumento y mucha gente cuando viene no recorre los jardines porque no sabe que están aquí.

—Muchas gracias por venir, Jaime, esto es un gran paso para Marcos —comienza diciendo su madre.

—Sí. Sabemos que es difícil de gestionar sus relaciones sociales y nos encantó cuando os pusisteis en contacto con nosotros —termina su padre.

—Briny es muy tímida y quizá tenga relación con el hecho de que además de ser autista también tiene discapacidad cognitiva.

—Bueno, seguro que se llevan bien. Marcos es muy lanzado, ya habéis visto que habla mucho. Tiene un grupo de pintores con el que queda a menudo que también tienen autismo y otras diversidades, seguro que a Briny le gustaría conocerlos.

Y así esperamos durante dos horas. Me encanta escuchar a los padres de Marcos, son encantadores y al igual que mi familia se nota que se han volcado con su hijo y le entienden como nadie.

20. De la vuelta a casa

Llegamos a la finca ya entrada la noche. Little Fella nos recibe ladrando y, cuando nos bajamos del coche, Briny se precipita a por él. Parece que no se hayan visto en años, aunque solo hemos estado todo el día fuera. Incluso mi madre nos recibe tan emocionada que sentimos que ha pasado mucho tiempo desde que nos fuimos. Entramos en la finca y bajamos los escalones que dan a nuestra casa, ahí nos espera la cena en la mesa y una luz tenue por la llama de las velas que están encendidas.

Aún no sabemos qué ha pasado en la cita que han tenido mi hermana y Marcos, aunque hemos deducido que tuvo que ir genial porque al despedirse Marcos y ella se abrazaron y él le dio un beso en la mejilla. También porque Briny ha estado todo el camino de vuelta en silencio y sin comentar nada, y eso no es propio de ella a no ser que tenga muchas cosas que procesar y entender. Por lo que supongo que ha tenido que ir genial y estará esperando a que estemos todos para contárnoslo a la vez.

Nos sentamos a la mesa y mi madre trae, además, una tarta que parece que ha estado cocinando esta tarde. Lleva el pelo oscuro recogido en un moño y un vestido vaporoso que a menudo se pone para trabajar aquí en la finca.

Bendecimos la mesa y después empezamos a comer. Es mi madre la que le pregunta a mi hermana cómo ha ido y ella empieza a hablar por fin.

—Muy bien... Marcos es guapo, ¿no? —nos pregunta a mi padre y a mí.

—Ya lo creo —respondo con una sonrisa.

—Y... quiere ser mi novio. Yo he dicho que sí —dice ella tímidamente.

—¡¿Qué?! —exclama mi padre sonriendo con un gesto de sorpresa.

—Sí. Me dio un beso y me preguntó. Es lo que hace la gente, ¿verdad?

—Pues ya ves que sí es lo que hace la gente —añade mi madre con otra sonrisa.

—Sí. A ver, es muy rápido, ¿no? Pero también llevamos muchos meses hablando y nos conocemos. Él tiene su estudio donde pinta. También un gato. Y le gusta la montaña, así que tiene que venir y así puede conocer a Fella. Eh, Fella, Briny tiene novio —le dice al perro, que la mira desde sus pies.

Nosotros nos reímos y durante un rato hablamos con ella. Está realmente emocionada y eso nos llena de felicidad. Yo ya me imaginaba que Marcos le preguntaría eso porque además sus padres nos lo contaron cuando estábamos esperándolos en los jardines de la Alhambra.

Pasamos una cena en la que no nos da tiempo a darnos cuenta de lo rápido que vuela el tiempo. Briny nos cuenta cada detalle de la cita y mis padres sonríen más felices de lo que los había visto en mucho tiempo. Todo esto no es solo una revolución para Briny, sino para la familia al completo. La terapeuta siempre dice que tenemos que dar pasos adelante y nunca hacia atrás porque ayuda a mi

hermana a creer más en sí misma.

Cuando terminamos de cenar, salgo a la terraza y decido dar un paseo. Es tarde y mañana no hay clase, puedo permitirme perderme entre las montañas.

La luz de la luna baña la finca, escucho a las gallinas aún moverse y, al cerrar los ojos e inspirar, huelo la naturaleza que nos rodea y el prado fresco de la primavera. El cielo está tan despejado e iluminado que hasta puedo observar con claridad las montañas que nos rodean. No me imagino mi vida fuera de aquí, yo pertenezco a esta tierra y a este inmenso cielo.

El perro de mi hermana acude a mi lado cuando me escucha abrir la cancela que sale de la finca. Yo lo saludo acariciándolo y después empiezo la ruta del paseo que mi hermana suele hacer dos veces al día con él. Fella llega a adelantarme y a indicarme por dónde ir.

Normalmente no hacemos estos paseos de noche porque hay muchas partes del camino que dan al barranco y sin claridad no se vislumbran bien. Pero hoy la luna parece un sol y no necesito linterna para guiarme.

Escucho el agua que encharca los laterales de la pared rocosa que estoy rozando con los dedos. La corriente de estas fuentes naturales se precipita hacia el suelo y baja incluso al barranco. Nuestra finca bebe de los manantiales que hay justo arriba y esto es solo el final de lo que cae desde la cima de las montañas que nos rodean.

Se me hunden a veces los pies en la tierra y al pisar ciertas zonas levanto pequeñas nubes de polvo. Siempre me ha gustado hacer caminos de noche, escucho el sonido de las aves que habitan esta zona como nunca y veo otra cara diferente de la montaña.

Cuando llego al claro en el que suelo sentarme con mi familia, sigo la rutina habitual y dejo que mis piernas cuelguen del barranco. Abajo está Beneficio, enfrente, a lo lejos, el embalse que ahora parece un lago.

De pronto escucho cómo unas ramas se resquebrajan a mi espalda y a Fella ladrar. Al darme la vuelta, veo a mi hermana llegando a mi lado y sentándose.

—Es bonito aquí, eh —susurra.

—Pues sí, es muy bonito. Deberíamos venir más a menudo de noche.

—Claro, claro.

Observo a mi hermana, que de perfil está diferente a otras veces. La veo cambiada, más madura y con una chispa de emoción que no había tenido en mucho tiempo. Estoy feliz por ella, en realidad, por todos nosotros. Todos estos cambios en nuestras vidas son buenos, incluso la mudanza ha sido para mejor. Me ha sorprendido el instituto, lo que esperaba que fueran y no resultaron ser mis compañeros, los lazos que estamos tejiendo y cómo esta finca empieza a provocar en nosotras ese sentimiento de hogar que perdimos cuando nos vinimos.

—Estoy segura de que con Marcos vas a vivir una buena aventura —añado emocionada.

—¿Sabes? No sería aventura si no te tengo a ti, Ayla. Tengo novio pero no quiero ser normal y dejar a mi mejor amiga.

Yo la miro orgullosa, quizá Briny vea la vida de una manera diferente y nunca me haya parado a ponerme tras su perspectiva. Me encantaría saber qué se le pasa por la cabeza.

—Yo siempre voy a estar contigo y espero que tú nunca me abandones —le

contesto pasándole un brazo por los hombros y atrayéndola hacia mí.

—Yo no te voy abandonar nunca. Tú a mí tampoco, ¿no? —me responde dejando caer su cabeza sobre mi hombro.

—Claro que no, Briny, claro que no.

Si algo tengo claro es que es mi alma gemela y yo soy la suya. Su satélite. Ella, mi mar profundo. Y estoy deseando ver qué nos depara el futuro y cuánto nos queda por aprender. Quizá ya no será entre estas montañas ni bajo esta luz de luna que nos deja ver la sierra. Quizá la finca y nuestra familia no serán las mismas en unos años. Quizá papá no esté, quizá mamá tampoco. Pero nos tendremos la una a la otra.

Juntas. Hasta el final.

AGRADECIMIENTOS

Mar profundo ha sido una novela experimental para mí, he cambiado de registro, de público y de temática. Ha sido un proceso bonito y con el que he descubierto muchas cosas sobre mí misma. Pero no lo he hecho sola y por eso me gustaría nombrar a quienes han hecho posible esta historia.

Gracias a mis padres, mi hermana y mi abuela, que siempre están ahí y es por ellos/as que he conseguido cumplir tantos sueños.

A Skip, por ser mi ancla y escuchar cada proyecto que se cuece en mi mente. Por las casualidades que nos llevaron a conocernos y por todo lo que nos han enseñado.

Gracias a Lily, quien inspiró la vida de Briny y de quien he aprendido tanto sobre el autismo. También a su familia por acompañarme en la escritura de esta obra y compartir tanta información necesaria con mucho amor. Hemos conseguido visibilizar y seguir concienciando sobre la diversidad.

A mis amigas y compañeras de viaje, Josu Diamond y Andrea Izquierdo. Seguimos creciendo juntas y no podría tener a nadie mejor a mi lado compartiendo esta aventura.

También a Elsa Pórtulas, Haizea Álvarez, Sofía Rico, Aitana Pérez, Manu López, Irene M. Guerrera, Ceci y Ele..., mis amigas de Granada, sois un gran apoyo y agradezco que normalicéis mi locura.

Por supuesto, gracias a Elena Valencia, por creer en esta historia, y al resto del Grupo Edebé por brindarme esta oportunidad que siempre recordaré.

Y, cómo no, a mis lectores/as que lleváis conmigo años y sé que nos vienen muchos más por delante. Gracias por vuestro apoyo infinito, por valorar mi trabajo y disfrutar de mis letras.

Gracias a Briny y a Ayla, ellas son las verdaderas protagonistas de esta novela.

periscopio

MAR PROFUNDO

Briny y Ayla son mellizas y tan diferentes por fuera como por dentro.

Briny es autista, y Ayla no encaja en los estándares de una adolescente corriente.

Briny tiene miedo a la lluvia, y Ayla, a no ser el centro de la vida de su familia.

Una historia en la que dos mundos distintos encajan y se complementan.

Una oda contra el acoso escolar y a favor de la diversidad.

Una amistad que va más allá de la sangre.

edebé

www.edebe.com